EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LUCIANO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOAQUIN DICENTA

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1894

LUCIANO

LUCIANO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOAQUÍN DICENTA

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO DE LA COMEDIA, la noche del 25 de Febrero de 1894.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1894

714956

PERSONAJES		ACTORES
ÁNGELA	Sra.	Tovar.
JULIA	»	Suárez (1).
DOLORES	»	Alverá.
ISABEL	Srta.	Cancio.
PETRA	Sra.	López (Soledad).
LUCIANO	Sr.	Thuillier.
EDUARDO	»	García Ortega.
DON RAFAEL	»	Cirera.
PEPE	»	Lacalle.

(1) La señora Suárez se encargó de este papel á la noche siguiente de la primera representación, y yo me complazco en darle aquí testimonio de mi gratitud.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A EMILIO THUILLIER

Como entre nosotros sobran las frases huecas y los elogios *expresivos*, no los empleo en esta dedicatoria.

Dedicándote *Luciano*, no cumplo un deber de amistad, satisfago una obligación de justicia.

En ley de verdad, apenas si te dedico nada: has hecho tanto por *Luciano*, que casi te pertenece de derecho.

Tuyo afectísimo amigo,

Dicenta.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/lucianodramaentr00dice

ACTO PRIMERO

El teatro representa una habitación de paso en la planta baja de un hotel; puerta grande al fondo, por la que se verá un segundo fondo con puerta practicable de cristales. Dos puertas en el lateral derecho. A la izquierda, una puerta que comunica con el estudio de Luciano; esta puerta se abre hacia fuera, y estará cerrada al comienzo de la representación. A la izquierda también, y en segundo término, una ventana practicable que supone dar al jardín del hotel. En la pared del fondo, un timbre de pared. A la izquierda, en primer término, un diván; á la derecha, un velador con periódicos, ilustraciones, etc., etc. El mueblaje será lujoso, pero de mal gusto. En los lugares, y sobre los muebles más visibles, adornos y figuras de pacotilla. En los dos rincones del fondo, sobre pedestales de *pelouche*, dos bustos, uno de hombre y otro de mujer, cubiertos con unas gasas blancas.

ESCENA PRIMERA

DON RAFAEL y PEPE

RAFAEL. Yo mismo, hombre, yo mismo. No hay razón para que te sorprendas tanto.

PEPE. ¡No ha de haberla, don Rafael!... Hace ocho días escribió usted desde París, diciendo que no pensaba dar la vuelta hasta fines de Marzo, y de pronto...

RAFAEL. He dispuesto, ó, mejor dicho, han dispuesto mis asuntos y mis ocupaciones otra cosa.

PEPE. ¡Cómo va á alegrarse don Luciano!

RAFAEL. Pues no retardes su alegría. Avísale de que estoy aquí.

PEPE. Voy. (Dirigiéndose hacia la izquierda.) Está en el estudio.

RAFAEL. ¿Solo?

PEPE. Trabajando en el busto de una señora, que le ha dado el encargo y viene á servirle de modelo todos los días.

RAFAEL. No quiero distraerle. Más tarde volveré. (Hace ademán de dirigirse al fondo.)

PEPE. Terminará pronto. Lleva más de una hora trabajando.

RAFAEL. En tal caso, le esperaré, y le esperaré hablando contigo, que tan buenos oficios le prestabas cuando vivía en aquel tabuco con pretensiones de taller, y que siempre fuiste para Luciano, no un criado, un amigo y un compañero.

PEPE. Favor que usted me hace, don Rafael.

RAFAEL. Malos tiempos eran aquellos.

PEPE. Malos para el bolsillo y para el estómago, pero más alegres que éstos y más felices.

RAFAEL. ¿Eh?

PEPE. Usted vive fuera de Madrid, y no ha podido estar al tanto. Don Luciano es otro.

RAFAEL. ¿Cómo?

PEPE. Ya lo recordará usted; siempre risueño, echando á broma sus disgustos, sin desanimarse por nada, teniendo confianza en todos.

RAFAEL. En todos: hasta en sus compañeros de oficio.

PEPE. Pues ahora...

RAFAEL. Ahora, ¿qué? Acaba; ¿qué le ocurre?

PEPE. Le ocurrió al casarse; usted no habrá olvidado aquellas cuestiones.

RAFAEL. Creí que fueran asunto concluído; Luciano no ha vuelto á hablarme de ellas en sus cartas.

PEPE. ¡Sí concluir! ¡Camino llevan! Las cuestiones empezaron, como usted sabe, porque la señorita Julia y sus padres, no podían ver á la madre de don Luciano; que

RBC/NcU

si era una provinciana, una pobretona, que si esto, que si lo otro...

RAFAEL. ¡Pobre Dolores!

PEPE. Bien la martirizaron, y bien sin motivo, señor. Ella disimulaba para no hacer sufrir á su hijo, pero comprendió que estaba de más, y se fué al pueblo. A mi amo le dijo que se marchaba porque quería; ¡porque quería!... porque la echaron, don Rafael.

RAFAEL. Y al marcharse...

PEPE. ¿Imagina usted que por eso hubo paz? ¡Que si quieres!... La cosa fué de mal en peor; sobre todo desde que el señorito se mudó á esta casa con la familia de su mujer.

RAFAEL. Ya me escribió que vivían juntos.

PEPE. Juntos, ó poco menos, porque, aunque ocupan cuartos separados, tienen que verse á todas horas. A este lado (La derecha.), las habitaciones de los padres de la señorita; á este otro (La izquierda.), las de don Luciano y el estudio; una puerta principal de entrada para las dos casas, y esta sala, que es común á las dos familias.

RAFAEL. ¿Y dices que Luciano no está contento?

PEPE. Calcule usted si un hombre como él vivirá á gusto entre una gente que es todo bambolla y vanidad, y hace el mismo caso del talento de mi amo que un burro de una rosa, y perdone usted la comparación.

RAFAEL. Que te la perdonen ellos; yo no tengo nada que perdonarte. Es decir...

PEPE. Que viven como perros y gatos. Menos mal si esto no empeora.

RAFAEL. ¡Empeorar! ¿Por qué?

PEPE. Porque doña Dolores llega hoy á Madrid; está muy enferma; el médico del pueblo ha escrito al señorito diciéndole, que su madre necesita muchas atenciones y muchos cuidados, y don Luciano ha dispuesto que la señora venga inmediatamente. Si no fuera porque las obras que tiene empezadas se lo impiden, hubiera ido él á buscarla en persona.

RAFAEL. ¿Y supones...?

PEPE. Supongo que... (Mirando al segundo fondo, cuya puerta de cristales se abre.) La señorita Julia y su madre. (Entran por el fondo Julia é Isabel en traje de calle. Petra, con unos paquetes al brazo. Pepe les cede el paso y sale por el fondo.)

ESCENA II

ISABEL, JULIA, PETRA y DON RAFAEL

ISABEL. (A Petra.) Lleve usted esos *líos* á mi gabinete, y dígale á la modista que vamos en seguida.

PETRA. ¡Está bien, señora! (Se dirige hacia la segunda puerta de la derecha.)

RAFAEL. (Adelantándose.) ¡Señoras!... (Sale Petra por la primera puerta de la derecha.)

JULIA. (Á su madre.) ¡Es don Rafael!

RAFAEL. ¡El mismo!

ISABEL. (Aparte.) ¡Otro artista!... ¡Como si no tuviéramos bastante con el de casa!

ESCENA III

JULIA, ISABEL y DON RAFAEL

JULIA. (Á don Rafael, luego que todos se saludan y toman asiento.) ¿Cuándo se ha llegado?

RAFAEL. Esta mañana.

JULIA. ¿De París? (Ademán afirmativo de don Rafael.)

ISABEL. ¡De la gran ciudad, como dice mi yerno!

RAFAEL. ¿Y no cree usted que tiene razón?

ISABEL. Por esta vez, hay que concedérsela; aquello será lo menos cuatro veces mayor que Madrid, de modo que, como grande, es grande.

RAFAEL. ¡Vaya!... ¿Y su esposo de usted? (Á Isabel.)

ISABEL. En el extranjero, desde hace veinte días. Aún tardará un mes en volver. ¡Los pícaros negocios! Y como está

solo para arreglarlos... A Luciano, no hay que hablarle de semejante cosa... ¡Ocuparse en negocios él!... Además, que no los entiende.

RAFAEL. Es natural, con sus aficiones...

JULIA. ¿Ha visto usted á mi marido?

RAFAEL. Todavía no; está trabajando y no he querido interrumpirle.

JULIA. (Con despecho.) ¡Ah, sí; con esa...! (Reprimiéndose. Á Isabel.) En el busto de esa señora.

ISABEL. La duquesa de Monza.

RAFAEL. Ya me ha dicho Pepe...

JULIA. Es gran admiradora de Luciano. Parece ser que éste y la duquesa, se conocen desde pequeños. La familia de ella tenía posesiones en el pueblo de mi marido. No se habían visto desde entonces, hasta hace unos meses.

RAFAEL. ¿Usted la trata?

JULIA. No. Luciano quiso presentarme á ella, pero yo me negué.

RAFAEL. ¿Y eso?

JULIA. A pesar de lo que la ensalza mi marido, (Con despecho.) no hay otra más sublime ni más inteligente para él... tengo noticias de que es una mujer muy extravagante; á su palacio no van más que artistas... poetas, músicos, pintores... ¡una tertulia sabia!... ¿Qué iba yo á hacer en esa tertulia?

ISABEL. Aburrirte.

RAFAEL. Indudablemente.

JULIA. ¿Y cómo le va á usted en París?

RAFAEL. Bien. Desde allí, he seguido paso á paso los esfuerzos realizados por Luciano para conquistarse un porvenir.

ISABEL. ¡El porvenir!... La canción de todos los artistas: buen porvenir y mal presente.

RAFAEL. Es posible; pero el dicho no reza con su yerno de usted. ¡Su último triunfo en la Exposición, aquel hermoso grupo que le valió la medalla de oro, representa un éxito indiscutible! (Á Julia.) Reciba usted mi enhorabuena.

JULIA. (Con frialdad.) Gracias.

ISABEL. Como hablar de mi yerno, hablaron mucho los periódicos. ¡Ellos sabrán por qué! Á mí no me pareció nunca el grupo cosa del otro jueves. Dos hombres corriendo, ¡valiente novedad! ¡y luego en cueros, enteramente en cueros! ¡Eso no está bien!

RAFAEL. El asunto de la obra, exigía el desnudo completo.

ISABEL. ¡Completo!... ¡Ya podía haberles puesto algo de ropa para que estuvieran más decentes!

RAFAEL. Señora, ¿qué quería usted que le pusiera á un griego de los tiempos heróicos?

ISABEL. ¡Qué sé yo!... ¡Lo que sé es que no me llama la atención el dichoso grupo!

JULIA. Eso no; es bonito.

RAFAEL. ¡Bonito! (Aparte.) ¡Qué adjetivo tan mono! (Alto.) ¡Atrevido, valiente!...

ISABEL. Lo que usted quiera; pero es muy grande, tanto, que no cabe en ninguna parte. ¿Y qué ha ocurrido? Que después del premio, y de la medalla de oro, y de todas esas zarandajas, ha tenido que vendérselo al Gobierno, y el Gobierno paga, cuando paga, muy mal. Gracias á que se saque para los gastos.

JULIA. Siempre ocurre lo mismo.

ISABEL. ¡Si no fuera por la dote de Julia, estaban frescos!

JULIA. De haber hecho una cosa más pequeña, de esas que pueden colocarse en una chimenea, en un velador, en cualquier parte, y que gustan á todo el mundo, hubiera concluído antes y tendría dinero.

RAFAEL. Luciano trabaja como artista, y el verdadero artista se cuída poco de lo que sus obras han de producirle traducidas en billetes del Banco. Eso para él es lo accesorio.

ISABEL. Entonces será también accesorio comer, porque la comida se paga con dinero y no con medallas de primera clase.

JULIA. Mamá dice bien. Lo que importa en el mundo, es crearse una posición independiente. Y á Luciano le sería

fácil conseguirlo. ¿Qué necesitaba para ello? ¿Darle gusto al público? ¿Prescindir un poco del arte?... Pues que prescindiera y en paz.

ISABEL. ¡Claro! ¡Pero váyale usted á él con consejos!... Dice que somos unas ignorantonas, incapaces de comprenderle.

RAFAEL. ¡Qué injusticia!...

JULIA. Si hiciese caso de mí, sobre ganar más y brillar más, no le costaría cada obra lo que ahora le cuesta: un año de fatigas y de sufrimientos.

RAFAEL. ¡Sufrir!... ¿Qué importa? Los sufrimientos del artista, el éxito los paga. Además, que Luciano soportará los suyos con gusto, porque la tiene á usted á su lado cuando trabaja.

ISABEL. Julia entra poco en el estudio.

RAFAEL. ¿Sí?

JULIA. ¿Para qué voy á entrar? Cuando mi marido está en el estudio, no habla, ó, lo que es peor, habla de cosas que no entiendo. Luego aquello es tan sucio; no hay manera de dar un paso sin ponerse perdida de barro ó de yeso. Lo que es en traje de calle, no seré yo la que entre en el taller. Todo se estropea.

ISABEL. Sobre que se corre peligro.

RAFAEL. ¿Peligro?

JULIA. Sin ir más lejos: ayer entré yo, no sé á qué, por casualidad. Luciano trabajaba, me acerqué á ver lo que hacía, dió él un martillazo, saltó una piedrecilla y se me clavó aquí... debajo de este ojo. Aún tengo la señal.

RAFAEL. (Con terror cómico.) ¡Demonio! ¡Eso es grave!

ISABEL. ¡Y tanto! ¡Para que Julia esté en el estudio á todas horas!... ¡De ningún modo: no he criado yo á mi hija para que ese *genio* la deje tuerta!

RAFAEL. Seguramente. Usted la ha criado para otra cosa. Para hacer á Luciano feliz. Y yo, entreteniéndolas á ustedes, cuando acaso necesitan emplear su tiempo en ocupaciones más importantes.

ISABEL. No, señor.

RAFAEL. Nada; procedan ustedes como si yo no estuviese aquí; no me hagan cumplidos. Aguardaré á Luciano leyendo estos periódicos. (Los que están sobre el velador.)

JULIA. ¡No faltaba más!... (Se abre la puerta de cristales del segundo fondo, y entra Eduardo por ella.)

ESCENA IV

JULIA, ISABEL, DON RAFAEL y EDUARDO

ED. (Desde el fondo. Aparte.) (¡Su coche á la puerta!... (Avanza. Alto.) ¡Buenas tardes!

ISABEL. ¡Eduardo!...

ED. (A don Rafael.) ¡Caballero!... (Como reconociéndole.) ¡Calla! ¡es don Rafael!

RAFAEL. El mismo.

ED. (Saludándole.) ¡Cuánto tiempo sin vernos, sin echar un párrafo!

ISABEL. (Levantándose.) Pues charlen ustedes á su gusto; nosotras les dejamos el campo libre. (A Eduardo.) Supongo que no te marcharás en seguida, sobrino.

ED. Hasta las cinco estoy á tu disposición.

ISABEL. En tal caso, acompaña á don Rafael mientras viene Luciano, y luego entra en mi gabinete; tengo que hacerte algunos encargos. (Eduardo hace un gesto de aprobación.)

JULIA. (A don Rafael.) (Con permiso de usted.) (Don Rafael se inclina. Isabel y Julia se dirigen hacia la derecha.)

ISABEL. (Bajo á Julia.) Dentro de una hora llega la madre de tu marido. Creo que no habrás variado de opinión, y que, ya que no hemos podido impedir que venga, haremos lo posible para que se vaya inmediatamente.

JULIA. (Bajo á Isabel.) Sí, madre mía. Bastante desgraciada soy ya. (Salen Isabel y Julia por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA V

DON RAFAEL y EDUARDO

ED. ¿Conque es usted el ídolo de París?

RAFAEL. ¡Yo!

ED. Sí, señor; usted. Así lo afirma el único periódico francés que yo leo: la revista hípica que me remiten de allí todos los meses.

RAFAEL. (Con sorpresa cómica.) ¿Dice eso la revista?

ED. Como lo oye usted.

RAFAEL. Lo ignoraba. De todas suertes, no se fíe usted mucho. Los ídolos en arte duran poco. ¡Anda por ahí cada iconoclasta!...

ED. A usted no es fácil derribarlo.

RAFAEL. Pues no las tengo todas conmigo. Y, á decir verdad, me contraría haber sido elevado hípicamente por esa revista al altar de la fama.

ED. ¿Pues?

RAFAEL. El día que cambie de vena y le dé por tirarme, me tira hípicamente también, y ¡pobre de mí!

ED. Eso es modestia.

RAFAEL. No, amigo mío; es temor á que me maten de un par de coces. Más tranquilo viviría yo si fuese lo que usted es: un ídolo del mundo elegante; porque supongo que seguirá usted como siempre.

ED. (Con fatuidad.) ¡Ptchs!... Se hace lo que se puede. No estoy descontento.

RAFAEL. (Aparte.) ¡Botarate! (Alto.) De modo, que tan afortunado como siempre: enamorando hermosas, burlando maridos y siendo héroe de mil galantes aventuras. ¡Ah, feliz mortal! tiene usted bien ganado el concepto que á muchos, y á mí particularmente, merece. De usted es la dicha en este mundo, y será la gloria en el otro.

ED. ¡Lo que es eso...!

RAFAEL. ¡Como que no!... Don Juan Tenorio era... don Juan Tenorio, y se fué al cielo derechito.

ED. ¡Já! ¡já!... ¡Qué bromista!

RAFAEL. ¡No que no! ¡Estaría uno divertido si tomase la vida en serio! ¡Conque usted, triunfo sobre triunfo!

ED. No todo son flores. Ahora hay una que se defiende.

RAFAEL. ¡Hola!

ED. Pero, ¡qué diablo! ella caerá.

RAFAEL. De seguro. ¿Es guapa?

ED. Mucho; y ha dado en la flor de despreciarme.

RAFAEL. ¿Tiene talento?

ED. Eso dicen. A mí, el talento de las mujeres me supone poco.

RAFAEL. Tiene usted razón; el talento en las mujeres es un estorbo... ¿Y qué piensa usted de los desdenes de su hipotética conquista?

ED. Imagino que hay algún prójimo de por medio. A no ser así, no se defendería tanto.

RAFAEL. ¡Buena máxima! ¿Cuando una mujer rechaza las pretensiones de un amante, es porque tiene otro?

ED. Indudable.

RAFAEL. Evidente.

ED. Pues si resultan ciertas mis sospechas, juro á usted que he de dar al traste con el galán. Estoy en berlina; los amigos conocen mi propósito. ¡Caso de honra!

RAFAEL. ¡Digo!... ¿Y cómo piensa usted vencer?

ED. Como sea. Yo, en circunstancias de esta naturaleza, apelo á todo: á un engaño, á un escándalo que la comprometa, á cualquier cosa.

RAFAEL. (Aparte.) También infame. (Alto.) ¡Bravo! ¿Quién es ella?

ED. Una dama de la aristocracia. Ha nacido en España, pero casó con un duque extranjero; llevósela éste á su país, y aún no se ha cumplido un año desde que Ángela regresó á la corte.

RAFAEL. ¿Se llama Ángela? (Se abre hacia fuera la puerta de la izquierda, y aparecen en ella, sin ser vistos de Eduardo y don Rafael, Ángela y Luciano.)

ESCENA VI

ÁNGELA, LUCIANO, DON RAFAEL y EDUARDO

ANGELA. (A Luciano.) Es una maravilla de ejecución y de parecido.

LUCIANO. Estará terminado antes de cuatro días.

ANGELA. Y habré terminado yo de molestarte.

LUCIANO. ¡Molestarme tú, mi única amiga! No digas eso. (Luciano y Ángela avanzan al primer término.)

ED. Gente. (Vuelve la cabeza, y ve á Luciano y Ángela.) ¡Ella! (Con despecho.)

RAFAEL. ¡Luciano! (Con alegria y dirigiéndose hacia Luciano. Éste, al ver á don Rafael, se aparta de Ángela y se dirige al encuentro de don Rafael con los brazos abiertos. Eduardo se acerca á Ángela.)

LUCIANO. ¡Don Rafael! (Don Rafael y Luciano se abrazan.)

ED. ¡Ángela!

ANGELA. ¿Es usted? (Con frialdad.)

ED. Yo, que acudo á usted como siempre, y, como siempre, soy recibido con esa frialdad que desvanece mis esperanzas.

ANGELA. ¿Esperanzas? No creo haber dado á usted ningún motivo para que las tenga.

ED (Con despecho.) ¡Señora!... (Luciano se separa de don Rafael, y se dirige á Ángela.)

LUCIANO. (Á Ángela.) Dispénsame; es mi maestro, mi amigo del alma don Rafael Menéndez, un gran artista, mejor que eso, un corazón hermoso; el hombre á quien, después de mis padres, debo cuanto soy en el mundo.

RAFAEL. ¡Qué exageración!

LUCIANO. (A don Rafael.) La duquesa de Monza. (A Ángela.) A Eduardo no hay necesidad de presentárselo.

ANGELA. (A don Rafael.) Me consideraré muy honrada contándome en el número de sus amigas.

ED. (A don Rafael.) Para merecer las bondades de Ángela, cuenta usted con un excelente padrino. Luciano es de los íntimos de esta señora. (Con sarcasmo.)

ANGELA. Cierto: soy su amiga desde la niñez, y una de sus más entusiastas admiradoras al presente.

ED. (A Luciano.) Tienes suerte. (Con despecho.) ¿Qué has hecho para conseguir que Ángela te admire?

LUCIANO. ¡Yo!...

ANGELA. Nada. Los hombres de talento y los necios, se parecen en esto: no necesitan hacer nada para que se les estime en lo que valen y se les trate como merecen.

ED. (Aparte, con ira.) ¡Me insulta!

ANGELA. (Estrechando la mano á don Rafael.) ¡Adiós, señor Menéndez!

ED. (Adelantándose.) ¡Ángela!...

ANGELA. (Con frialdad cortés.) Beso á usted la mano. (A Luciano.) ¡Adiós, y dale un abrazo de parte mía á esa santa que tienes por madre, cuando la veas. (Luiciano y Ángela se dirigen al fondo, y salen por él.)

RAFAEL. (A Eduardo, por Ángela.) Si esta es la conquista en proyecto, debe usted darse por vencido.

ED. ¡Quién sabe! Usted ya conoce mi máxima.

RAFAEL. ¿La de los amantes?

ED. A un amante se le inutiliza con facilidad: basta conocerlo, y yo creo que conozco al amante de Ángela. (Con despecho, y mirando al fondo por donde entra Luciano.)

RAFAEL. (Con inquietud.) ¿Eh? (Luciano permanece en el fondo mirando al sitio por donde ha salido Ángela.)

ED. Dejo solos á los fieles amigos. (Sale Eduardo por la primera puerta de la derecha.)

LUCIANO. (Aparte, sin dejar de mirar al fondo.) Ella no se burla de mis sueños de artista. ¡Me comprende...! (Con desesperación.) ¿Y qué? Eso es la dicha, una mentira ó un imposible.

RAFAEL. (Por Eduardo, aparte.) ¿Tendría razón ese imbécil?)

ESCENA VII

LUCIANO y DON RAFAEL; al final JULIA

RAFAEL. (Dirigiéndose hacia Luciano, con fingida jovialidad.) Vamos, hombre, ¿te has olvidado de que estoy aquí? (Luciano se vuelve al oir la voz de don Rafael.)

LUCIANO. ¡Don Rafael!... Déjeme usted que le abrace de nuevo. ¡Cinco años de ausencia!... (Con tristeza.) ¡Cuántas cosas han ocurrido en el transcurso de estos cinco años!

RAFAEL. Muchas, y muchas al uno y al otro, ¿verdad?

LUCIANO. Sí.

RAFAEL. Pues cuenta las tuyas.

LUCIANO. (Con amargura.) ¡Las mías!... (Reprimiéndose.) ¿Para qué? Sobre no tener importancia, le son á usted conocidas en su mayor parte. Hablemos de usted. ¿Es usted dichoso?

RAFAEL. ¿Lo eres tú?

LUCIANO. ¡Yo!...

RAFAEL. Vas á contestarme afirmativamente, y haces mal.

LUCIANO. ¿Qué dice usted?

RAFAEL. La verdad; esa verdad que no nos hemos ocultado nunca, ni en las circunstancias difíciles, porque somos hermanos, yo un hermano muy viejo, pero hermanos al fin; no como los que, teniendo una sangre misma, llegan quizás á odiarse, sino como son hermanos los que se unen en la desgracia, y se auxilian en el combate y se confunden el dolor... Tales fuimos siempre, tal creo que sigue siendo nuestra amistad; esta amistad que, por ser completa, ni siquiera sintió envidia en la hora del triunfo. ¿Me equivoco?

LUCIANO. (Con efusión.) No, don Rafael, no; nuestra amistad es inquebrantable: como usted la expresa, la siento. De eso no ha debido usted dudar nunca.

RAFAEL. (Con tono de reconvención amistosa.) ¿Y para que no dude, tratas de ocultarme tus penas?

LUCIANO. Es que no las tengo.

RAFAEL. (Con tono de reproche.) ¡Luciano!

LUCIANO. ¿Qué halla usted en mi vida para juzgarla de ese modo? (Con mal reprimida amargura.) No puedo quejarme de la suerte. Apetecí la gloria, y el público me aplaude, y la crítica me discute, y los envidiosos me niegan; deseé una mujer, y soy dueño suyo; vivo en el seno de una familia respetable, ¡muy respetable! tengo renombre.

hogar; una medalla de oro en el estudio, y una esposa honrada en mi casa. ¿Le parece á usted poca dicha esta? Soy feliz, completa y absolutamente feliz. (Con ironía amarga.) Pregunte usted por ahí, y verá cómo todo el mundo dice lo mismo.

RAFAEL. Yo no soy todo el mundo: á mí me debes la verdad; y la verdad es que eres desgraciado, que yo lo sé, que vengo al lado tuyo, y te digo, como en otros tiempos: «Aquí me tienes, aquí estoy.» No podré remediar tus penas, no podré consolarlas; pero puedo compartirlas, compartámoslas. (Con ternura y cariño.)

LUCIANO. ¡Don Rafael... tiene usted razón! Basta de mentiras inútiles. Usted tiene derecho, deber de oirme, de penetrar hasta el fondo de esta existencia mía, llena de humillaciones, de torturas, de heridas que desgarran brutalmente mi alma, que no se cierran, que no podrán cerrarse nunca, porque las encona la injusticia y las gangrena el disimulo. Cuanto debía unirse para defenderme, se conjura para derribarme. Miro el presente, y lo veo horrible; busco el porvenir, y no lo encuentro. Esta es mi situación.

RAFAEL. ¿Estás seguro de lo que dices?

LUCIANO. Seguro, don Rafael. En este hogar, que para mi desdicha he fundado, ni existe un corazón que me ame, ni hay un cerebro que me entienda. Nada miro en él desde el detalle más insignificante, hasta el sentimiento más hondo, que no constituya un escarnio para el artista y un desengaño para el hombre.

RAFAEL. ¿Eso es cierto?

LUCIANO. Puedo convencerle á usted con hechos. Mire usted en rededor suyo. Ahí, en esos rincones, como regalada mercancía de feria que se oculta con vergüenza y se conserva por compromiso, están dos bustos, el mío y el de Julia, hechos por mí cuando éramos novios, ofrenda del amante, orgullo del artista; dos bustos que debieron ser reliquia santa de nuestros amores, y se han convertido en trastos viejos para abrir hueco á

figurillas de relumbrón y á baratijas de bazar. Entre usted en ese cuarto (La derecha.), y hallará un grupo de personas que, llamándose mi familia, me escarnece y me niega, y se burla de mí y de mis victorias y de mis ansias. Visite mi taller, y me verá solo, completamente solo, sin que, cuando rendido ó desesperanzado, suspendo mi faena, encuentre una mirada que me reanime y una sonrisa que me aliente. Penetre usted en las intimidades de mi hogar, en los resplandores cenicientos que arroja el crepúsculo sobre las paredes de mi habitación, en las tinieblas de la noche que se amontonan sobre mi lecho, y me verá solo también, porque cuando formulo ambiciones, no encuentro una inteligencia que las empuje; y cuando lamento desdichas, no hallo un corazón que las comparta; y cuando oprimo un cuerpo entre mis brazos, no siento una alma que á las palpitaciones de la mía, responda; porque su amor es mentira, y mi hogar un potro de tortura, y nuestras inclinaciones opuestas, y refractarios nuestros espíritus... ¡por eso!... ¿Comprende usted ahora mi infortunio?

RAFAEL. Mira si lo comprendo, que no trato de consolarte... Pero cómo—perdona si mi pregunta te hiere;—¿cómo antes de unirte á Julia, no comprendiste que iba á ocurrir lo que en este momento deploras?

LUCIANO. ¿Va usted á censurarme?

RAFAEL. Sí. ¿Quién sino tú, es culpable de tu desgracia?

LUCIANO. ¡Yo!...

RAFAEL. Tú. Olvidaste que nosotros, los luchadores, los que vivimos martirizados á diario por el vulgo que nos niega, por la envidia que nos muerde y la pobreza que nos achica, sólo podemos buscar nuestras mujeres ó abajo en esferas humildes, para que nos lo deban todo y suban con nosotros y nos amen, como se ama á Dios, sin comprenderlo, pero admirándolo, ó arriba, en las clases elevadas, que por instinto de su sangre y por virtud de su educación, saben respetar todas las glo-

rias, la que se hereda y la que se conquista; la que arranca de la cuna, como la que nace del alma y la que brota del cerebro.

LUCIANO. ¡Don Rafael!...

RAFAEL. Buscaste mujer entre esa multitud, semiculta, semipudiente, que se juzga lo bastante grande para no respetar nada que no comprenda, y es lo bastante pequeña para no comprender nada grande, y tocas las consecuencias de tu extravío. Hay excepciones, no lo niego, pero son difíciles de encontrar. Esa es tu falta; ahí tienes por lo que te censuro.

LUCIANO. ¡Culpable yo!

RAFAEL. ¿Me equivoco? ¿Pertenece Julia al número de las excepciones?

LUCIANO. ¡No!

RAFAEL. ¡Entonces!...

LUCIANO. ¿Por qué me uní á ella?

RAFAEL. Eso es lo que te pregunto y lo que condeno.

LUCIANO. ¿No lo adivina usted? Y sin embargo, acaso, y sin acaso, ha sentido usted alguna vez lo que yo sentía cuando conocí á Julia.

RAFAEL. No te comprendo. Explícate.

LUCIANO. Hay una época de la vida, en que todo hombre, y más que ninguno, quien, como nosotros de sueños y de ilusiones se alimenta, siente anhelos inexplicables y acaricia con su imaginación un fantasma vago de mujer, que no tiene forma precisa, ni realidad tangible. Este fantasma, es nuestro sueño de amor, la juventud que necesita completarse en presencia de una naturaleza donde todo ama, desde el sol que se descompone en átomos de luz para cubrir y fecundar á la tierra, hasta el polvo mismo de la tierra que se deshace en moléculas microscópicas y sube al espacio para que el sol lo fecunde y lo bese... El hombre, fascinado por este espectáculo sublime, por ese himno gigante que solemniza y asegura la eternidad del mundo, quiere amar también, porque el amor es ley de su existencia, nece-

sidad de un cuerpo, complemento de su alma. Quiere amar y comenzando, como comienza siempre el deseo por modelar á su antojo lo que ciegamente apetece, forja una mujer imaginaria, y la rodea de cuantas perfecciones para su ventura codicia: pureza de ángulos, suavidad de curvas, plenitud de afectos, armonías de la materia y exquisiteces del espíritu; pero su sueño trata de convertirse en carne; y su delirio aumenta; y aumenta en fiebre; y un día pasa por delante de sus ojos una mujer hermosa, cualquiera, la que pase, y ve en ella todo lo que su fantasía acarició. ¿Porque ella lo tiene? No. Porque él se lo concede y se lo presta. ¡Arrojo insensato, albur de ciego donde se juega la felicidad! ¿Acertaba? ¡Dicha completa, alegría sin límites, placer sin término! ¿Se engañaba? ¡Dolor infinito, martirio sin tregua, eterna é irremediable separación!... Así amaba yo á Julia, ¡á Julia, no! á las ilusiones de mi fantasía, encarnadas en Julia... Vino luego la realidad, y perdí la esperanza. Soñaba y desperté. Eso es todo.

RAFAEL. ¡Horrible despertar el tuyo!

LUCIANO. Si no fuera más que esto.

RAFAEL. ¿Hay más todavía?

LUCIANO. Sí, porque en lo que le he dicho á usted se trata de mí, y en lo que voy á decirle, se trata de mi madre, arrojada de mi lado por ellos, separada de mí, víctima de sus odios; de mi madre que, alejada de mi presencia, por injustificados rencores, vuelve hoy al lado mío.

RAFAEL. ¿Y temes...?

LUCIANO. Temo que, con su venida, aumenten las desventuras de esta situación espantosa.

RAFAEL. ¿Por qué la traes entonces?

LUCIANO. Porque está enferma, porque la vejez y la ausencia la matan, porque no puedo tolerar que agonice sola y que muera lejos de mí. ¿Puedo hacer otra cosa?

RAFAEL. No.

LUCIANO. Mi madre llega hoy á Madrid accediendo á súplicas

mías; llega contra la voluntad de Julia, y recelo que el odio de esta gente se desate contra ella. ¡Si eso ocurre...! (Con tono de amenaza.)

RAFAEL. Julia no será capaz de ofender á tu madre. Dolores es complaciente, cariñosa... ¡Quién sabe si ella conseguirá lo que no has conseguido tú!

LUCIANO. No lo espero.

RAFAEL. ¿Y si fuera así?

LUCIANO. ¡Quiero tanto á mi madre, que por ella perdonaría á Julia, lo olvidaría todo, lo sufriría todo... si aún es tiempo; si no hay en mi pecho otro afecto que deshaga mi propósito y esterilice mi sacrificio!

RAFAEL. ¿Amas á otra mujer?

LUCIANO. He luchado, lucho todavía, pero si se obstinan en torturarme, si me empujan, romperé por todo y atropellaré por todo también.

RAFAEL. Y la mujer de quien estás enamorado, ¿se llama Ángela?

LUCIANO. ¿Qué ha dicho usted, señor? (Con angustia.)

JULIA. (Dentro.) ¡Luciano!... (Sale por la primera puerta de la derecha.)

LUCIANO. (Aparte.) ¡Ella! (Alto.) ¿Qué quieres?

ESCENA VIII

JULIA, LUCIANO y DON RAFAEL; al final EDUARDO

JULIA. Dispensa. Creí que estabas solo.

RAFAEL. Iba á retirarme en este momento. (Cogiendo el sombrero y en ademán de despedida.)

JULIA. En tal caso... (Á Luciano.) Mamá quiere hablarte.

RAFAEL. (Á Luciano.) ¡Hasta luego! (Á Julia.) ¡Adiós, señora! (Se dirige hacia el fondo. Luciano saca el reloj.)

LUCIANO. (Á don Rafael.) Espere usted, saldremos juntos. (Á Julia.) Luego veré á tu madre, en este momento no puedo detenerme. (Después de mirar el reloj.)

JULIA. ¿Por qué?

LUCIANO. Ya lo sabes. Mi madre llega esta tarde á Madrid, y aunque la estación está al lado de casa, sólo me queda el tiempo preciso para ir á buscarla.

JULIA. De eso precisamente es de lo que tenemos que hablar.

LUCIANO. ¡De eso!... (Reprimiéndose.) Ahora no es posible. (Bajo.) Y antes de separarnos, escuchame una advertencia y una súplica. ¡No olvides que es mi madre la que va á entrar en esta casa!

JULIA. ¡Yo!... (Bajo. Con despecho. Entra Eduardo por la primera puerta de la derecha.)

LUCIANO. (Á don Rafael, que se habrá detenido en el fondo.) ¿Vamos? (Don Rafael hace un ademán de asentimiento.)

ED. (Á Luciano.) ¿Sales?

LUCIANO. Sí. Hasta después. (Salen por el fondo don Rafael y Luciano.)

ESCENA IX

JULIA y EDUARDO

JULIA. ¡Su madre! ¡Imagina que voy á someterme como una esclava á sus mandatos!... ¡Nunca, y al presente menos que nunca!

ED. Por lo visto, sigue en sus trece. Está decidido á meteros esa mamá de aldea por las narices.

JULIA. Á esperarla va.

ED. Por eso saldría tan de prisa.

JULIA. ¡Por eso!... No hace falta: para separarse de mí, siempre tiene prisa Luciano.

ED. (Haciéndose el sorprendido.) ¡Cómo!

JULIA. Como lo oyes. Parece ser que no le entretengo. Sin duda, para entretenerle hace falta ser una criatura maravillosa, una modelo... de extravagancia; algo así como esa Ángela que visita su estudio, y de quien Luciano se hace lenguas á todas horas.

ED. ¿Tienes celos de tu marido? No creí que le quisieras tanto.

JULIA. ¡Quererle!... ¡Le he querido mucho! Ahora, después de ver de cerca lo que es un artista, de mirar trocada la que soñé vida de comodidades, de placeres y de brillantes éxitos mundanos, en una existencia obscura, retraída, llena de privaciones y desencantos, ignoro si le quiero ó no; pero esta no es cuestión de cariño, es cuestión de amor propio, y te aseguro que no estoy dispuesta á dejarme suplantar por nadie.

ED. (Aparte.) ¡Hola!... (Alto.) ¡Imaginas que Ángela y Luciano...!

JULIA. ¿Qué otra cosa pueden significar los elogios y las inusitadas atenciones que mi marido tributa á Ángela, y la conducta de esa Ángela que, no contenta con recibirle á todas horas en su casa, viene al estudio diariamente con la excusa de hacerse un busto?... ¡Tú sabes de esto más que yo! ¿Qué es lo que piensas tú?

ED. (Como contrariado y confuso.) ¡Yo!... Lo que dices, ¿es cierto? ¿No exageras?

JULIA. ¡No!

ED. En tal caso... ¡No es posible; de ninguna manera es posible!

JULIA. ¡Eduardo!

ED. Cierto que Ángela es una mujer peligrosa; rica, guapa, elegante, es capaz de tentar á un santo; cierto es también que no son los artistas los que gozan mejor fama de buenos maridos; pero de esto, á creer... ¡Y cuidado que Ángela es bonita!

JULIA. ¿Vas á disculparle? ¿Á ponerte de parte suya? (Con ira.)

ED. (Aparentando ofenderse.) De su parte... Eres muy injusta conmigo. Estimo á Luciano; pero te quiero como á una hermana; tu felicidad y tu decoro, me interesan como los míos propios, y siempre estaré á tu lado para defenderlos.

JULIA. Siendo así, ¿por qué tratas de negar lo que es innegable?

ED. Porque no estoy seguro de ello, y en estos casos conviene andar con pies de plomo. Puedes equivocarte...

JULIA. No me equivoco. ¡Y aún quiere que le obedezca, que acepte á su madre!... (Con despecho.)

ED. ¡De buen humor está la tuya! Ahí viene. (Señalando á la primera puerta de la derecha. Entra Isabel por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA X

JULIA, ISABEL y EDUARDO

ISABEL. (Á Julia.) ¿Hablaste con Luciano?

JULIA. No pude; salía en busca de su madre.

ISABEL. (Á Eduardo.) Ya lo oyes; está decidido á imponérnosla; nuestra oposición ha sido inútil; tan inútil, como resulta haberla echado la otra vez; volveremos á tenerla aquí con su falda lisa y sus modales de provinciana y su modestia cursi y su mansedumbre insoportable. Y lo de la enfermedad, es una mentira; un pretexto de Luciano, para justificar su despotismo. (Á Eduardo.) ¡Qué te parece!

ED. Que no es muy agradable la situación de Julia.

ISABEL. ¡Figúrate!

ED. ¡Una señora de pueblo, ó poco menos!

ISABEL. Sin el menos, hijo, sin el menos.

JULIA. ¡Bonito papel iba yo á hacer al lado suyo!

ED. ¿Consentirás en ello?

JULIA. He dicho, que no.

ISABEL. Ni yo, ni tu padre cuando lo sepa, lo consentiremos tampoco. Para que te separe, como te separará para siempre de mí, y te prohiba vernos... ¡Que no!... ¡Buena vida sería la tuya! ¡ni amistades, ni diversiones; estarías sola, encerrada en tu casa, haciendo calceta con tu suegra, mientras ese genio se pasaba las horas muertas en la calle ó en el taller despotricando con sus amigotes!

JULIA. Es verdad; eso es lo que quiere, separarme de todos aquellos que puedan fiscalizar sus actos, para satisfacer cómodamente sus caprichos y sus amoríos.

ISABEL. ¡Amoríos!... ¡Qué dices!... ¿Supones que Luciano te engaña?

JULIA. Sí.

ISABEL. Eso no es posible. ¡Engañarte!... ¡Tener queridas ese pobretón! ¡Bah! ¿Crees que hay muchas tontas como tú?... ¿Á quién va á gustarle él?

JULIA. ¡Á cualquiera, puesto que me ha gustado á mí, y yo no soy menos que nadie!

ISABEL. ¡Era lo único que nos faltaba!... ¿Y por qué no ha de ser verdad?... En cuanto á la madre de tu marido, la considero capaz de todo... ¡Si tu padre estuviera aquí...!

ED. Estoy yo, que en ausencia suya, tengo obligación de defenderos contra todos; hasta contra el mismo Luciano, si Luciano se portase mal con vosotros.

ISABEL. ¡Gracias!

JULIA. ¡Qué bueno eres!

ED. Hago lo que debo. (Levantándose.) Podéis disponer de mí para todo. (En actitud de despedida.)

JULIA. ¿Nos dejas?

ED. No conviene que yo esté aquí cuando vengan Luciano y su madre. Mi presencia sería inoportuna. ¡Hasta la noche!

ISABEL. No faltes.

ED. De ninguna manera. (Sale Eduardo por el fondo.)

ESCENA XI

JULIA é ISABEL

ISABEL. ¿Será cierto que ese hombre...?

JULIA. ¡Amar á otra!... ¡Valer otra mujer más que yo! (Con despecho é ira.)

ISABEL. Calma, hija mía, calma. Esperemos á que venga su madre. Te advierto que no la quiero ver. Sólo porque Luciano es dueño de su casa y por no armar un escándalo, no la pongo de patitas en el arroyo. Pero todo se andará, yo te lo prometo.

JULIA. Ya lo creo que se andará. (Se aparta de su madre y se apoya en la ventana de la izquierda.) ¡Y esa Ángela! (Asomándose á la ventana y poniendo atención á lo que ocurre fuera. Á Isabel.) Ha entrado gente en el jardín. (Volviendo á mirar.) ¡Ellos!

ISABEL. (Luego de mirar por la ventana.) Ahí los tienes.

JULIA. ¿Qué hago?

ISABEL. Vámonos á mis habitaciones.

JULIA. Y si Luciano...

ISABEL. Si quiere verte, que te llame.

JULIA. Tienes razón; vamos. (Isabel y Julia llegan á la puerta de la derecha, y salen por ella. Al salir ellas, se abre la puerta de cristales del segundo fondo, por donde entran Luciano y Dolores. Ésta modestamente vestida y apoyada en el brazo de su hijo.)

ESCENA XII

DOLORES y LUCIANO

LUCIANO. (Desde el fondo.) ¡Despacio!... Estás pálida; tu mano tiembla entre las mías.

DOL. No es nada; la emoción de verte. ¡Hace cuatro años, cuatro siglos que no te veo!... (Luciano conduce á su madre hasta el diván, la hace sentar en él y se sienta á su lado.)

LUCIANO. Descansa un momento; descansa, y deja que te mire, que te acaricie, que bese esta cabeza cana, á cuyos nobles pensamientos debo todo lo que soy en el mundo.

DOL. ¡Luciano!... (Con ternura.)

LUCIANO. Me has dicho siempre que el hombre, para ser algo en la existencia, necesita que Dios le ayude. No me opongo. Pero si todas las madres fuesen como tú, Dios no tendría que cansarse mucho.

DOL. Hijo mío, nada hay sin Dios.

LUCIANO. Es verdad. Sin embargo, Dios está muy lejos de nosotros, y tú al lado mío. Quede Él allá, en su altura, grande é impenetrable; yo á mi madre me atengo, y la digo oprimiéndola contra mi corazón: ¡Qué buena eres, y qué dichoso me hace tu presencia!

DOL. Esa es mi única ambición; verte dichoso. ¿Lo eres?

LUCIANO. En este momento, sí; completa y absolutamente dichoso. ¿Cómo no he de serlo, si todo mi ayer ha entrado contigo en esta casa?

DOL. ¡El ayer! (Con tristeza.)

LUCIANO. Todo entero: los juegos del niño; las esperanzas del adolescente; mis primeras lágrimas enjugadas por tu mano cariñosa; mis primeras alegrías, que tú disfrutaste antes que yo, porque eras más rápida en adivinarlos que yo en sentirlos; el sol de mi aldea; el aire fresco y sano de los campos que la circundan, aquel aire que yo sentía revolverse entre las marañas de mi pelo, cuando cubierto de sudor y de polvo, regresaba al hogar bendito y humilde donde me aguardabas tú para reprenderme con la voz y acariciarme con losojos.

DOL. ¡Con los ojos y con el alma!

LUCIANO. ¡Venturosos días aquellos!... ¿Te acuerdas, madre?

DOL. ¡Si me acuerdo!... ¿Y me lo preguntas?... ¿Te acuerdas tú que eres joven, que tienes el porvenir delante, cómo no he de acordarme yo, que soy vieja y que no espero en nada?

LUCIANO. (Con amargura.) ¡El porvenir!...

DOL. Los jóvenes vivís de esperar; los viejos vivimos recordando, porque el porvenir nos atusta, porque no tenemos más esperanza que la muerte.

LUCIANO. (Con pena.) ¡La muerte!... (Con forzada alegría.) ¡Bah!.. ¡Quién piensa en ella! ¿Te ha vuelto cobarde esa enfermedad pasajera que sufres?... Porque tu enfermedad es pasajera, te lo aseguro yo.

DOL. Si no digo que estoy enferma; digo que estoy vieja.

LUCIANO. Al lado mío, lo vencerás todo; hasta la vejez.

DOL. ¡A tu lado! (Con tristeza y amor.)

LUCIANO. Ya sabes que éste es mi deseo, que lo ha sido siempre.

DOL. Lo sé. Yo fuí quien me separé de tu lado voluntariamente. ¡Qué quieres!... los viejos somos algo egoístas, y hay que dispensarnos.

LUCIANO. ¿Tú egoísta?

DOL. Yo. ¿Qué te figurabas? ¿que era impecable? «Julia y él son jóvenes—dije.—La juventud tiene unas costumbres, la vejez otras; dejémosles á ellos con las suyas, y vámonos al pueblo con las nuestras.» Sólo en el caso de haberte sido necesaria, hubiera continuado aquí.

LUCIANO. ¡Y aún dirás que eres egoísta!... Al abandonarme, te sacrificabas por no crear obstáculos á mi ventura; si vieses mi ventura en peligro, te sacrificarías por devolvérmela. ¡Siempre el sacrificio!... ¿Cómo pagarte?

DOL. ¡Pagarme!... Eres bueno, honrado, inteligente... dime que eres feliz, y ya estoy pagada.

LUCIANO. ¡Madre! (Con efusión y gratitud.)

DOL. ¡Ea! basta de ternezas, y dime á qué obedece la prisa que te has dado en hacerme venir acompañada por esa excelente familia que me ha hecho tan agradable el viaje; en no esperar á que tus ocupaciones te permitieran ir á buscarme. La insistencia de tus cartas me ha decidido. ¿Suponías que estaba grave? ¿Creíste que iba á morir lejos de tus brazos?

LUCIANO. De ninguna manera. Es que quiero que estemos juntos. ¿Ibas á pasar la vejez sola? No, madre mía; se acabó la ausencia.

DOL. ¿Ese es tu deseo?

LUCIANO. ¿Puedes dudarlo?

DOL. ¿Y es deseo de Julia también?

LUCIANO. ¿Por qué me haces esa pregunta?... Julia procede, procederá de acuerdo conmigo.

DOL. ¿Y dónde está? Quiero verla, abrazarla.

LUCIANO. Debía estar aquí. (Con enojo mal reprimido.) No me explico que tarde tanto.

DOL. (Aparte.) ¿Será verdad lo que recelo? (Alto.) Puede que no la hayan avisado.

LUCIANO. (Procurando disimular.) Eso debe ser. (Se dirige al fondo, y llama en el timbre de pared.) Ahora veremos. (Entra Petra por el fondo.)

ESCENA XIII

DOLORES, LUCIANO y PETRA; al final JULIA

LUCIANO. ¿Está la señorita Julia ahí dentro? (Señalando á la derecha.)

PETRA. Sí, señor.

LUCIANO. Entra y díle que la estoy esperando. (Sale Petra por la segunda puerta de la derecha.)

DOL. No la molestes. Entraré yo.

LUCIANO. ¿Para qué? No hace falta. (Mirando hacia la segunda puerta de la derecha.) Además, ella viene aquí. (Entra Julia por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA XIV

DOLORES, JULIA y LUCIANO

DOL. (Dirigiéndose á Julia.) ¡Hija mía!...

JULIA. ¡Señora!... Dispénseme usted que haya tardado en salir.

DOL. ¡Dispensarte!... ¿De qué?... ¿Pero no me abrazas?

JULIA. Yo... Sin duda. (Abraza á Dolores con frialdad.)

DOL. (Aparte, con pena.) ¡No me había engañado! (Dolores vuelve á sentarse al lado de su hijo; Julia lo hace en una silla á alguna distancia.)

JULIA. (Á Dolores.) ¿Conque en Madrid?

DOL. En Madrid y en tu casa.

JULIA. Ya sé por Luciano que viene usted á reponerse. Eso no será nada. Se pondrá usted buena muy pronto.

DOL. Tal creo.

JULIA. (Interrumpiéndola.) Así es que la tendremos con nosotros una temporadita...

DOL. (Idem.) Y en cuanto me reponga, al pueblo, á hacer vida tranquila, que es lo que me conviene más.

LUCIANO. ¿Qué dices? (Con sorpresa y enojo.)

DOL. Lo que pensaba, lo que pienso hacer.

LUCIANO. Pues yo te digo que eso no es posible; yo digo que tu vejez y tus canas no pueden estar solas; que mi padre no me engendró para abandonarte, me engendró para protegerte; y que mientras yo exista, vivirás conmigo. Ahí tienes lo que digo yo.

DOL. No, Luciano. Vosotros debéis vivir solos; yo estaré aquí quince, veinte días, y luego me volveré á la aldea. (Á Julia.) ¿Estamos conformes?

LUCIANO. ¡Madre! (En voz de protesta.)

DOL. No es á tí, es á Julia á quien pregunto.

LUCIANO. (Bajo á Julia.) ¡Mira lo que haces! (Con tono entre suplicante y amenazador.)

JULIA. Usted no estorba; y si quiere Luciano... pero el caso es, que así... para una temporada larga, todo van á ser dificultades... ¡La casa es tan chica!... (Disimulando, con la cortesía de la actitud, la dureza de la intencion.)

LUCIANO. (Con ira.) ¡Verdad, muy chica! (Á Dolores.) Puede que no quepas en ésta, pero cabrás en otra.

DOL. No, Luciano.

JULIA. (Con ira.) ¡En otra!... (Á Luciano.) Dílo claro. ¿Á qué vienen tantos rodeos? Lo que tú quieres es sacarme de aquí, para manejarme á tu capricho. Dílo, y no finjas más.

LUCIANO. (Con dureza.) ¿Pides que hable claro?

DOL. ¡Luciano!...

JULIA. Sí; eso es lo que pretendes; ¿con qué objeto? aún no lo sé, pero lo presumo, y desde ahora mismo te advierto que no estoy dispuesta á consentirlo.

LUCIANO. ¡Julia!... Mira; no es esta ocasión de responder á tus emociones: pero medita lo que haces, acaso en este momento tienes nuestra felicidad en tus manos.

JULIA. Ya lo dije antes. No tengo nada que añadir. (Se dirige hacia la segunda puerta de la derecha y sale por ella.)

DOL. ¡Se va!

LUCIANO. ¡Infame!

DOL. (Con angustia.) ¡Pero esto es posible!

LUCIANO. Más que posible, irremediable; ya lo ves. (Con desesperación.)

DOL. (Mirando á su hijo con angustia y espanto.) ¡Luciano, hijo de mi alma!

LUCIANO. (Con desesperación y angustia.) ¡Ay, madre mía; madre mía, que desgraciado soy!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El teatro representa un taller de escultor. Puertas al fondo; una, en la lateral derecha, y otra, en la izquierda. Á la izquierda, una *chaisse longue;* á la derecha de ésta, y guardando la distancia y la posición convenientes, un caballete de escultor, encima del cual habrá un busto de mujer imitando barro; delante del caballete, una silla, y sobre ésta, útiles de trabajo. Á la derecha, en primer término, una chimenea, y encima de ella, así como varios estantes y muebles colocados á lo largo de las paredes, objetos de arte y estudios á medio concluir. En el fondo, á la izquierda, sobre una tarima de madera, un boceto, imitando yeso, de tamaño natural. El boceto representa á un hombre caído contra una roca y luchando con unos reptiles que se enroscan sobre su cuerpo. Procúrese que la figura esté escorzada con la cabeza echada hacia atrás, el busto saliente, una de las manos crispadas sobre la roca y en actitud de incorporar el cuerpo: las piernas dobladas y demostrando, por la tirantez de los músculos, la realización de un esfuerzo supremo. Actitud, en fin, de un hombre que muere luchando. En el taller, reinará un desorden artístico; los muebles y sillas que lo adornen, serán antiguos y de épocas diversas. En suma, la escena ha de representar el estudio de un artista modesto, pero de gusto exquisito.

ESCENA PRIMERA

PETRA y PEPE

PETRA. (Á Pepe, que estará limpiando las herramientas de trabajo.) ¡Qué disgusto!

PEPE. ¡Gordo!... ¡Ellos se lo han buscado!

PETRA. ¡El señorito!...

PEPE. ¡Bastante paciencia ha tenido!

PETRA. ¡Es verdad! ¡Tratar así á doña Dolores, á una señora tan buena; porque es muy buena la señora!

PEPE. Y, sin embargo, todos contra ella.

PETRA. ¿Os mudáis?

PEPE. Inmediatamente. Si la madre del señorito no se hubiera indispuesto, á consecuencia del disgusto, ya estarían rodando los bártulos por esas calles.

PETRA. ¡Así están las otras, que cogen el cielo con las manos!

PEPE. Pues que lo cojan, si alcanzan á él. El señorito no es de los que se vuelven atrás cuando tiene razón. Apenas si en estos dos días ha dirigido á la señorita Julia la palabra; y en este momento, tampoco deben de ser cosas muy agradables las que marido y mujer se dicen allá dentro. (Por la izquierda.)

PETRA. ¿Tú has oído...?

PEPE. Nada completo; pero á juzgar por el tono de las voces, están de quimera.

PETRA. ¿Sí?

PEPE. Eso me pareció, cuando pasé por delante de la puerta de la habitación.

PETRA. Y doña Isabel *erre* que *erre* en que ha de ver á tu amo para decirle cuatro frescas.

PEPE. Es lo que falta.

PETRA. El recado no puede ser más terminante. «Sube, y díle al marido de mi hija que necesito hablar con él.» Estas han sido sus palabras.

PEPE. Es inútil; perderá el tiempo.

PETRA. ¿De modo...?

PEPE. Á su madre, enferma y sola como está, no la deja don Luciano, aunque se lo pidan en cruz.

PETRA. Hace bien. Por supuesto, á mí que no me digan: si la señorita quisiera á su marido, se hubiera portado de otro modo.

PEPE. Tú no harías lo que ella, ¿verdad? (Deja las herramientas sobre la silla y se acerca á Petra.)

PETRA. ¿Quién? ¡Yo!... Yo haría lo que le gustase á mi marido.

PEPE. (Con socarronería.) ¿De veras?

PETRA. ¡Y tanto! (Con coquetería.) Prueba á casarte conmigo y lo verás.

PEPE. (Con seriedad cómica.) ¡Gracias, hija! ¡Basta tu palabra!

PETRA. ¡Qué más quisieras tú!

PEPE. ¡Cualquiera se casa con estas cosas que está viendo!

PETRA. (Con malicia.) ¿Ni conmigo?

PEPE. Tú eres muy guapa y muy graciosa; pero...

PETRA. ¿Qué?

PEPE. Mira, Petra, menos casarnos, lo que quieras.

PETRA. ¿Sí?

PEPE. Por estas cruces.

PETRA. Pues, hijo, límpiate.

PEPE. (Mirando hacia la izquierda.) ¡Los señoritos!

PETRA. Me marcho. No te olvides de dar á don Luciano el recado de mi ama. (Se dirige al fondo.)

PEPE. (Acompañándola.) Descuida. Yo voy á ver si se le ofrece algo á doña Dolores. (Sale Petra por el fondo. Entran por la izquierda, Luciano y Julia. Luciano, en traje de taller. Al entrar Luciano y Julia, Pepe se retira por la derecha.)

ESCENA II

JULIA y LUCIANO; al final DOLORES

LUCIANO. Por última vez te lo suplico; y advierte que suplicar tan reiterado en quien, como yo, ni tiene el carácter humilde, ni la voluntad indecisa, representan un esfuerzo muy grande, tan grande, como la catástrofe que deseo evitar, y que estás provocando con tu actitud.

JULIA. No insistas. He dicho que no quiero vivir con tu madre. Sólo por la fuerza, me obligarás á obedecerte. Bastante me martirizo por tí, para martirizarme también por otros.

LUCIANO. ¡Julia!

JULIA. Si de sobra tengo con verme desatendida por tí, sujeta á tus caprichos; sobrado es que me pospongas á tus monigotes y me olvides por ellos, ó por otros motivos á los que ellos sirven de excusa.

LUCIANO. ¡Calla, no digas eso, porque eso no es verdad! Mi solo, mi único pensamiento, al hacerte mi esposa, eras tú; hacia tí convergían todas mis aspiraciones y todos mis proyectos. Si luego tu indiferencia y tu despego y tu frivolidad han modificado mis sentimientos, no es mía la culpa.

JULIA. ¡Luciano!...

LUCIANO. Ahora no se trata de esto; se trata de mi madre. No la niegues lo que el sér más indiferente concede á toda mujer enferma y sola: un poco de cariño y compasión. Accede á que esté con nosotros. Á cambio de ello, me encuentro pronto á hacer lo que quieras, á sacrificarte lo que quieras, menos mi dignidad de hombre y mi fama de artista honrado. ¡Hay en mi ofrecimiento, sacrificios mayores de los que puedes suponer! ¡Decide!

JULIA. ¡No insistas; es inútil! ¡He dicho que no!

LUCIANO. ¡Conque no! (En tono de amenaza.)

JULIA. No; ni me agrada el carácter de tu madre, ni sus costumbres se avienen con las mías. Y luego, ¿qué voy á hacer al lado suyo, de una mujer que desconoce en absoluto los usos y costumbres de la sociedad á que pertenezco? Aislarme, no ir á ninguna parte, no recibir á nadie, porque no es cosa de presentarme con ella á mis relaciones... ¡Eso sería...!

LUCIANO. (Interrumpiéndole.) Acaba; dí que te avergüenzas de mi madre.

DOL. (Dentro.) ¡Luciano!

LUCIANO. No; no lo digas, porque mi madre viene allí y yo me avergonzaría de que ella supiera que tú eres capaz de tales sentimientos. (Entra Dolores por la derecha.)

DOL. (Con cariño.) ¡Buenos días, Julia!

JULIA. (Á Dolores con sequedad.) ¡Buenos días! (Á Luciano.) ¡Adiós!

DOL. ¿Nos dejas ya?

JULIA. Sí, señora, me esperan y no tengo tiempo de detenerme. (Sale por el fondo.)

LUCIANO. (Aparte.) ¡No; no es posible resistir más! (Á Dolores que se ha quedado mirando en actitud de pena al sitio por donde ha salido Julia.) ¿Cómo te encuentras, madre mía?

ESCENA III

DOLORES y LUCIANO

DOL. Mejor. La opresión del pecho que me fatigaba ayer tanto, cuando estuve aquí, mientras trabajabas en el busto de Ángela, ha desaparecido. ¡Qué amable es Ángela! Debe hacer muy felices á los que la rodean.

LUCIANO. (Con pasión.) ¡Mucho! (Reprimiéndose.) Sin duda que debe hacerlos muy felices.

DOL. No ha habido en ella variaciones de ninguna clase. Ayer me pareció la misma niña que correteaba contigo por la aldea y venía á saludarme todas las mañanas con su carita seria y con su vocecilla dulce. (Dolores, tose con fatiga.)

LUCIANO. ¿Qué es eso?... ¿Vuelve á molestarte la tos?

DOL. ¡Pero, hijo mío, si no tengo nada; estoy bien!

LUCIANO. ¿Completamente bien?

DOL. Y en disposición de salir á la calle. ¿No has oído al médico?

LUCIANO. ¡Cuánto me alegra oirte! Sólo tu indisposición ha podido detenerme en esta casa.

DOL. ¿Estás decidido á dejarla?

LUCIANO. Sí.

DOL. Haces bien; no debes continuar en ella.

LUCIANO. ¿Apruebas mi plan?

DOL. Con toda mi alma.

LUCIANO. Entonces, tú, Julia y yo, saldremos de aquí mañana mismo.

DOL. Sí, saldremos; pero no juntos.

LUCIANO. ¡Qué! (Sorprendido.)

DOL. Tú, para ir con Julia, donde ella esté sola contigo, bajo tu exclusiva dirección, donde nadie pueda crear obstáculos á tu reposo; yo, para estar donde nadie pueda suponer que trato de imponerme ocupando un puesto que no es mío. Ese puesto es de Julia. No seré yo quien se lo dispute.

LUCIANO. ¡Madre!

DOL. Vine á Madrid, porque imaginé que procedías de acuerdo con ella. No lo has hecho así, y has hecho mal; pero todo puede evitarse, y se evitará yéndome yo.

LUCIANO. ¡Separarnos!... (Con tono negativo.)

DOL. Es preciso: lo exige nuestro deber. No lo cumpliríamos si procediésemos de otro modo.

LUCIANO. ¡Nuestro deber!... ¡No te comprendo, madre! ¡Con tu deber cumples, siendo modelo de mansedumbre y de ternura, tratando de disculpar á los que te aborrecen; inmolando tu ventura por ellos; mi deber consiste en ser el apoyo de tus canas, el brazo que te escude, el amor que te reverencie y te ampare. ¡Este es mi deber! (Ademán negativo de Dolores.) Por encima de él no hay ninguno.

DOL. El que contragiste con Julia al hacerla tu esposa. ¡Deber ineludible, superior á todos; juramento pronunciado á presencia de los hombres y delante de Dios! Para satisfacerlo, has de intentarlo todo, como he de intertarlo yo, para ayudártelo á satisfacer.

LUCIANO. ¿Pides que te aleje de mí? ¿que te abandone? ¿que sea cómplice de sus odios?... Vamos, madre mía, tú sueñas.

DOL. Es necesario. Tú al lado de Julia, solo con ella, sufriendo si tienes que sufrir, luchando si te ves obligado á luchar, trata de apoderarte de su alma, de hacerle comprender las dichas que rodean á una esposa honrada cuando posee el afecto de su marido; procúralo un día y otro día, sin desfallecimientos, sin vacilaciones, y cuando lo haya comprendido, ábrele tus brazos de par en par y hazla feliz.

LUCIANO. Y mientras yo sufro, mientras me sacrifico y me sacrifico inútilmente, porque Julia no ha de comprender mi sacrificio, tú, sola, enferma, separada de mí, llorando mi ausencia y su injusticia y tu dolor; yo, torturando mi espíritu por lo que aquí padezca y por lo que padezcas tú, y ellos triunfantes, saboreando su victoria. No, madre; ¡eso es una locura, una insensatez!

DOL. Es tu obligación.

LUCIANO. Hablas de ese modo porque eres santa, y los santos tenéis organización de mártires; pero yo soy un hombre, con arreglo á las determinaciones de mi juicio procedo, y mi juicio afirma y mi conciencia declara en este instante, que está obligado á cumplir deberes aquel con quien otros deberes se cumplen; no aquel á quien se le niega toda obediencia, respeto, consideraciones, amor... El hogar no puede estar compuesto de una víctima y de un verdugo.

DOL. ¡Hijo!...

LUCIANO. Entonces no sería un hogar; sería un instrumento de tortura. La víctima á un lado, el verdugo á otro, y un sacerdote en medio.

DOL. Te extravía la cólera; eres injusto con tu mujer.

LUCIANO. (Con ira.) ¡Injusto!... (Reprimiéndose.) Es mejor que no continuemos.

DOL. ¡Luciano!...

LUCIANO. Te ruego que suspendamos esta conversación. (Luciano se dirige al sitio donde están los útiles de trabajo.)

DOL. Como quieras; pero no olvides que mi resolución es irrevocable, y que tu deber es uno solo.

LUCIANO. Uno solo; estamos conformes. (Se dirige hacia el busto de Ángela.)

DOL. ¿Vas á trabajar?

LUCIANO. Sí.

DOL. Pues te dejo; no quiero distraerte. (Al ver un ademán de interrupción en Luciano.) Ya sé que no estorbo, pero después vienen amigos tuyos, y quiero dejarte en libertad para que hables con ellos. (Dirigiéndose hacia la derecha.

Aparte.) ¡Dios mío, mi vida porque Luciano sea dichoso!... (Sale por la derecha.)

ESCENA IV

LUCIANO; al final DON RAFAEL

LUCIANO. (Contemplando el busto de Ángela con pasión.) ¡Ángela!... Y Julia... (Con desesperación.) ¡Qué diferencia entre una y otra!... (Con angustia.) ¡Y es imposible!... (Con tono de esperanza.) Amándome ella, ¿por qué había de ser imposible? ¿quién iba á impedirlo? ¿el deber?... ¡Bah!... Hasta el preso tiene derecho á disfrutar del rayo de sol que entra por la reja de su cárcel. ¿Me amará Ángela? Me aterra mirar (Aparece don Rafael en el fondo, donde se detiene.) esta esperanza frente á frente. Es la última. (Se aparta del busto de Ángela con desesperación.)

RAFAEL. (Desde el fondo.) ¿Se resiste el barro á obedecerte?

ESCENA V

LUCIANO y DON RAFAEL

LUCIANO. No; el barro está vencido. Mire usted. (Don Rafael se acerca al busto de Ángela, y lo contempla.)

RAFAEL. ¡Admirable busto! En este semblante hay algo más que un conjunto de líneas bien ejecutadas. Hay una alma.

LUCIANO. (Con pasión.) ¡La de Ángela!

RAFAEL. ¡Reproducir una alma, crearla sobre la nada de un lienzo de un bloque de piedra de unas irregulares cuartillas de papel!... Esta es la aspiración suprema del artista, la faena que le aproxima á Dios; lo que se intenta muchas veces y se alcanza muy pocas.

LUCIANO. Pero se alcanza. El hombre puede concebir una alma y trasladarla al lienzo, al mármol, al barro, al papel, á todas partes, dárselo á todo, á todo, menos á un sér humano cuando nace sin ella. Estos olvidos de la na-

turaleza, estas inadvertencias de Dios, no puede suplirlos el hombre.

RAFAEL. ¿Lo dices por Julia?

LUCIANO. Sí; me ha hablado usted, me hablaba mi madre hace un instante de regenerar su espíritu... ¡Qué demencia!... ¿Sabe usted lo que ha hecho?

RAFAEL. Lo sé, y...

LUCIANO. (Interrumpiéndole.) No; no lo sabe usted, porque hace poco, después de lo ocurrido, he vuelto á pedirle que no fuera cruel con mi madre, que accediese á mi ruego, y aquí, en este mismo sitio, me ha dicho que no, que se negaba á obedecerme, que no quería vivir con mi madre, porque se avergonzaba de ella.

RAFAEL. ¿Ha dicho eso? (Aparte.) ¡Qué temeridad y qué injusticia!... Comprendo que aún duren tu arrebato, y tu exaltación y tu enojo.

LUCIANO. ¿Enojo? ¿exaltación? ¿arrebato?... No lo crea usted; ayer sufrí mucho, de un modo horrible; creí que iba á hacérseme pedazos el cráneo; hace poco, oyéndola insultar á mi madre y mofarse de mis sueños de gloria, he sufrido mucho también; mis ojos se han llenado de lágrimas, mis labios de suspiros, mi corazón de dolor y de angustia. Eran los últimos retorcimientos de una cosa viviente que agonizaba dentro de mí. Ahora estoy tranquilo; lo que agonizaba, no existe. Aquí hay algo que ha muerto. Ese algo, es Julia.

RAFAEL. ¡Luciano!...

LUCIANO. (Con tono indiferente.) ¿No quiere usted curiosear mi estudio?

RAFAEL. (Aparte.) Desesperación que no discute, herida incurable. (Alto.) ¡Vaya si lo curiosearé, y con mucho gusto, ya que ayer no tuve luz ni tiempo para hacerlo. (Recorre el estudio, deteniéndose ante los trabajos que hay en él.) Tienes aquí bocetos originalísimos.

LUCIANO. Apuntes, estudios á medio concluir.

RAFAEL. (Que ha seguido dando vuelta al taller, se detiene frente al yeso de tamaño natural que ocupa la tarima de la izquierda. Con admi-

ración.) ¡Calla! ¿Y esto? ¿Cuándo has hecho esto?

LUCIANO. Es un proyecto para la Exposición del año que viene.

RAFAEL. No, Luciano, hijo mío. Es la mejor de tus creaciones; tu obra.

LUCIANO. Mi obra, sí; no por bien imaginada, como usted afirma, porque está hecha con todos los tormentos de mi vida y con todas las amarguras de mi alma.

RAFAEL. ¿Qué quieres decir?

LUCIANO. Véala usted. Es un hombre caído contra una roca; las desiguales puntas que sobre la roca se erizan, desgarran sus carnes; sus músculos se contraen con supremo y decisivo esfuerzo. No sucumbe, combate. ¡Este hombre pasó junto á un vivero de reptiles, sin saberlo, y se detuvo en él para descansar de las fatigas del camino y cobrar fuerzas y seguir adelante! ¡Buscaba la vida y halló la muerte! ¡Los reptiles, acometiéndole á traición, por la espalda, hicieron presa en él, enroscándose á sus brazos, á su garganta, á su cintura. El viajero trató de defenderse; sus enemigos le asaltaban por cien partes á un tiempo, clavando en él sus dientes venenosos y agudos. No importaba; era fuerte y siguió luchando sin descanso, sin tregua, hasta que, sangriento y rendido, cayó contra la roca. En tal instante lo represento yo, derribado, axfisiándose, retorciéndose entre las ligaduras vivientes que estrangulan sus miembros, contemplando con ojos desmesuradamente abiertos la terrible faena de sus asesinos, estremecido el cuerpo por la angustia, descompuesto el rostro por el espanto, contraídos los labios por la cólera, encajados los dientes por el dolor, maldiciendo á su sangre porque no se agota y á la muerte porque no llega; y recogiendo sus músculos aniquilados, con esa potencia salvaje que preside al comienzo de la agonía, para aplastar á sus cobardes matadores, para morir matando, para defender su existencia hasta el último latido y hasta la postrera convulsión.

RAFAEL. ¡Lucha terrible!

LUCIANO. Pues ese hombre soy yo; yo, que arrollado por enemigos crueles que se enroscan á mi alma para aniquilarla, no puedo destruirlos. ¡Ah, cada uno de por sí vale poco; pero todos juntos, agotan mis fuerzas, me oprimen, me derriban!... ¡Y yo, que combato sintiendo filtrarse en mi espíritu su veneno y extenderse por mi conciencia su fría odiosidad, me estremezco, no de miedo, no de horror, de hastío y de asco! Pero no importa; también soy fuerte, también defenderé mi existencia de sus acometidas, ¡y quién sabe si en el último vigoroso arranque de la pelea, no conseguiré librarme para siempre de mis verdugos, vengarme de ellos, aplastarlos de una vez y de un solo golpe!

RAFAEL. ¡Vengarte de ellos!

LUCIANO. ¡Es mi prerrogativa, y la ejerceré! Cuando nuestro cuerpo se halla en peligro, lo amparamos; cuando lo amenazan, lo defendemos. Pues bien: el alma es igual que la carne, tiene su instinto de conservación y su derecho á la defensa.

RAFAEL. ¿Cómo piensas lograr lo que te propones?

LUCIANO. ¡Cómo!.. Como estoy decidido á hacerlo; mirando á Julia como se mira lo que ya no existe; buscando en otro sitio lo que en mi hogar me falta.

RAFAEL. ¿Poniendo tu esperanza en otra mujer? En Ángela, sin duda.

LUCIANO. ¡En quién si no! En ella veo todo lo que inútilmente he pedido donde tenía derecho á esperarlo: confianza, y consuelo, y amor.

RAFAEL. ¿Olvidas cuál es tu situación en el mundo?

LUCIANO. Poco me importa si ella me ama, si hallo en sus labios la respuesta que he creído ver en sus ojos.

RAFAEL. ¿Piensas...?

LUCIANO. Pienso saber toda la verdad. (Entra Pepe por el fondo.)

ESCENA VI

LUCIANO, DON RAFAEL y PEPE; luego ÁNGELA

PEPE. (Desde el fondo.) ¡La señora duquesa!

RAFAEL. (Aparte.) ¡Ella!... (Entra Ángela por el fondo. Luciano se adelanta y la saluda. Pepe se retira por el fondo.)

ANGELA. (Dirigiéndose hacia don Rafael.) ¡El señor Menéndez!

RAFAEL. Yo, que me disponía á salir cuando he oído anunciar á usted.

ANGELA. Sentiría que por mi causa...

RAFAEL. ¡De ningún modo! Á los pies de usted. Hasta luego, Luciano.

LUCIANO. (Acompañando á don Rafael.) ¿Por qué ha venido á mi encuentro tan tarde?

RAFAEL. Porque el amor es como la gloria; casi siempre se nos ofrece acompañado del martirio. (Sale don Rafael por el fondo.)

ESCENA VII

ÁNGELA y LUCIANO

ANGELA. ¿Y tu madre?

LUCIANO. Mejor, y agradeciendo en todo lo que vale el interés que la demuestras.

ANGELA. ¿Cómo no demostrárselo? ¡Es tan buena!

LUCIANO. ¡Mucho! ¡Y, sin embargo...! (Con amargura.)

ANGELA. ¿Qué?... (Con interés.)

LUCIANO. Nada... ¿Quieres que empecemos á trabajar?

ANGELA. Cuando gustes. (Luciano se dirige al sitio donde están los útiles del trabajo, y se dispone á trabajar. Ángela toma asiento en el diván, adoptando la posición que considere más conveniente.) ¿Estoy bien así?

LUCIANO. Más de frente. Levanta un poco la cabeza... Eso es.

ANGELA. Soy una modelo muy torpe. Afortunadamente, vas á verte pronto libre de mí. ¿No es hoy cuando terminas el busto?

LUCIANO. Hoy; pero no supongas que llego gustosamente á la terminación de mi obra. (Modelando en el busto.)

ANGELA. ¿Y eso?

LUCIANO. ¡Qué se yo!... Antojos de la imaginación. Me parece que aquí, en este taller, en esta atmósfera nutrida por las palpitaciones de mi labor diaria, es más sincera, más íntima nuestra amistad.

ANGELA. ¡Qué locura!...

LUCIANO. ¡Es posible, pero es así! Allá, en tu palacio, siempre me recuerdas á la gran señora separada de mí por barreras sociales, por diferencias de posición; aquí, sigues siendo la amiga de mi niñez, la compañera de mis juegos, la depositaria de mis quimeras infantiles... Parece que el tiempo no ha transcurrido para nosotros, que somos los mismos que antes éramos, que despertamos de un sueño muy largo para reanudar nuestra vida anterior. Es algo así como si los años y los sucesos, que pasaron sobre nuestra ausencia, viniesen todos juntos y me dijeran al oído: «Nosotros no hemos existido jamás; todo fué una broma; entre la Ángela y el Luciano de ayer y la Ángela y el Luciano de hoy, no hay diferencias de ninguna clase.»

ANGELA. Y los mismos somos. ¿Por qué han de existir esas diferencias?

LUCIANO. ¡Hay tantas!... ¿Recuerdas el día de nuestra despedida?

ANGELA. ¡No he de recordarlo!... Yo tenía quince años, tú veinte; yo pensaba en el mundo nuevo que iba á abrirse delante de mis ojos; tú soñabas en el triunfo, en el éxito, en un nombre aplaudido por la multitud. Nos dimos la mano, un apretón muy fuerte, y después una frase de cariño en tus labios, dos lágrimas de tristeza en mis ojos, un último adiós y el coche rodando por la empolvada carretera, y tú mirándolo rodar, y rodar desde la cuneta del camino... ¡Ya ves si me acuerdo!

LUCIANO. Luego diez años de ausencia, y durante ellos, nuestros sueños desvaneciéndose en la realidad, y la realidad

separando nuestros destinos como el crugido del látigo separó nuestras manos el día de la despedida... ¡Y aún dices que no hay diferencias entre el hoy y el ayer!...

ANGELA. ¡Si existen para ellos, no han existido para mí!

LUCIANO. Lo sé; te debo sobrados consuelos para olvidarlo: por eso y porque en este sitio es donde, con más espontánea franqueza, te he hecho depositaria de mis amarguras, es por lo que deploro llegar al límite de mi tarea, á la terminación de este busto.

ANGELA. También yo conservaré un grato recuerdo de las horas que he pasado en este taller. Durante ellas, he aprendido á admirar al artista, como debe admirársele, no por los triunfos que consigue, por lo que cuesta triunfar.

LUCIANO. Gracias, Ángela! Son tan pocos los que en eso reparan!

ANGELA. ¡Siempre luchando y dudando siempre! Vuestra vida sería horrible si no tuviese enfrente el porvenir. Esto la hace hermosa.

LUCIANO. ¡Muy hermosa, cuando se tortura el entendimiento y se martiriza la inspiración junto á un sér querido que nos comprenda, que nos ame, que nos anime en nuestros días de desesperación y de angustia!... Pero cuando en la derrota nos encontramos solos; cuando en la lucha no hay una voz que nos grite ¡adelante!; cuando nadie nos espera con los brazos abiertos al término de la jornada, ¿qué importa vencer? La gloria misma es nuevo martirio para uno.

ANGELA. ¿La gloria? (Sorprendida.)

LUCIANO. Hay algo más triste que la derrota sufrida en la soledad: el triunfo disfrutado en el aislamiento.

ANGELA. ¡Tienes razón! (Con tristeza.) ¡Desdichado el hombre á quien tales circunstancias rodeen! (Reponiéndose, y con fingida tranquilidad.) Pero, ¿á qué vienen esas reflexiones sombrías?

LUCIANO. Y tú, que conoces mi existencia actual, ¿me lo preguntas? ¿No sabes que uno de esos hombres soy yo?

ANGELA. ¿Tú...?

LUCIANO. Lo soy; mejor dicho, lo era cuando la casualidad te

trajo á mi encuentro y me tendiste la mano y te compadeciste de mis infortunios.

ÁNGELA. ¿Cómo no hacerlo? ¿Cómo no rechazar con indignación las crueldades de que eres objeto si son injustas? ¿Cómo no dolerme de tus penas si son inmerecidas? ¿Cómo no alentar tus ambiciones si son honradas? No fuera yo quien soy, no sería acreedora á tu aprecio si, al verte sufrir, no sufriera contigo, si no me asociara á tu dolor, para consolarlo. (Con sencillez y grandeza.)

LUCIANO. (Con pasión.) ¡Gracias, Ángela, gracias! ¡No sabes lo dichoso que me hace oirte hablar así!... Porque lo que me dices, es cierto.

ÁNGELA. Puedes estar seguro de ello; tan seguro, como puedes estarlo de mi amistad.

LUCIANO. De tu amistad, sí; pero... (Deteniéndose.)

ÁNGELA. (Confusa.) ¿Qué? (Con angustia.) ¡Qué es lo que va á decir, Dios mío!

LUCIANO. (Después de una pequeña pausa y de vacilar algunos instantes.) Escucha, Ángela: es necesario que me escuches, para que me perdones, para que comprendas lo que voy á decirte, para que no dudes que tú eres la única esperanza que me resta en el mundo.

ÁNGELA. (Confusa.) ¡Yo!... (Con energía.) No, Luciano; yo no puedo ser, no seré nunca tanto como eso para tí.

LUCIANO. ¿Que no?... ¿Pues qué eres tú si no eres eso? Solo, desconocido, ultrajado por los seres que me rodean, vivía yo, y tú me diste fuerzas para no morir de desesperación y de angustia.

ÁNGELA. ¡Luciano!...

LUCIANO. ¿A qué no decirlo si es verdad? ¿Olvidas todo lo que te debo? ¿Olvidas todo lo que has sido para mí?... Pues yo no lo olvido; yo, que he visto rodar el llanto por tus mejillas al oir el relato de mis dolores, y brillar la alegría en tus ojos al comunicarte mis sueños de gloria y palpitar tu corazón á compás del mío, yo, Ángela, no puedo olvidarlo, porque toda mi ventura está sujeta á ese recuerdo.

ANGELA. ¡Calla, por favor, calla!

LUCIANO. ¿Nada de esto es verdad? ¿Me equivoco?

ANGELA. (Con sinceridad y pasión.) No; sincero es mi afecto, sincera mi admiración por tí, sincero el pesar que tus desdichas me producen.

LUCIANO. Pues si eso es verdad, cierto es que te hallas identificada conmigo; cierto que eres el complemento de mi sér; cierto, sí, y necesario que comprendas, que quien como yo sufre, y como yo desespera, y como yo ansía amor y felicidad y respeto, sólo pudo hacer al encontrarse contigo, lo que yo hice, amarte, y sólo puede decir cuando su angustia se desborda, lo que yo te digo en este momento: ¡que te amo!

ANGELA. (Aparte. Con rubor y angustia.) ¡Dios mío!

LUCIANO. ¡Te amo! bueno, esto era lógico que ocurriese. Pero he hecho más; he creído que tu me amabas.

ANGELA. ¡Oh! (Con vergüenza y ocultando el rostro entre las manos.)

LUCIANO. ¿Soy un loco? ¿Me engaño? ¿No era amor lo que sentías al oirme soñar con un porvenir de triunfos y de aplausos? ¿No eran de amor las lágrimas que por sufrimientos vertías? ¿No era amor? ¿Era admiración? ¿amistad? ¿lástima?... Pues bien; amor, ó admiración, ó amistad, ó lástima, dílo. Eso es lo que necesito saber.

ANGELA. (Con desesperación.) ¡Y para qué quieres saberlo, desgraciado! ¿No comprendes que, aunque te amase, nuestro amor sería imposible?

LUCIANO. ¿Por qué?

ANGELA. Porque sería infame.

LUCIANO. ¡Infame!...

ANGELA. ¿Qué amor puede ser el nuestro, Luciano? ¡El que se oculta, el que traidoramente se comparte, el que recoje en el misterio lo que otra posee á la luz del día; el amor cobarde, el que mancha, el que afrenta y el que envilece! No; yo no soy de las mujeres que aman así.

LUCIANO. ¡Ángela!...

ANGELA. ¡Quien á mí me amase, tendría que hacerlo en presen-

cia de todos, á la luz del día! ¡Esto es imposible para nosotros!

LUCIANO. ¡Imposible!... ¡No! Si alguien tuvo derechos sobre mí, con su torpeza los ha perdido. Te amaré, Ángela, te amaré, en presencia de todos, delante de todos. ¡Qué me importa á mí de los demás!

ANGELA. ¡Luciano! (Con pasión y tristeza.)

LUCIANO. Sí, te amaré... Á tí con mis desesperaciones, para que las consueles; con mis esperanzas, para que las alientes; con mis dudas, para que las disipes; con mis triunfos, para que los premies... Eso te digo, eso te pido, como se pide á Dios la salvación eterna con las manos juntas y con el alma de rodillas...

ANGELA. (Con pasión.) ¡Oh, qué dicha tan grande!... (Con desesperación y amargura.) ¡Y qué irrealizable dicha!

LUCIANO. ¡Irrealizable!... ¿Por qué?

ANGELA. Porque si yo aceptase lo que me propones, si admitiese la deshonra por tí, tú serías quien más padeciese,- quien más se arrepintiera de las consecuencias de su delirio.

LUCIANO. ¡Yo! ¡Arrepentirme yo!... ¿Por qué ni por quién?

ANGELA. Porque me amas; por mí. ¿Qué sería yo á los ojos del mundo? Un sér infame, sin pudor, ladrona de un hogar, hurtadora vil de un corazón que no tiene derecho á poseer. Esta Ángela adorada por tí, se convertiría para las gentes en objeto de vergüenza y escándalo.

LUCIANO. ¿Qué dices?... (Con espanto.)

ANGELA. La verdad. Cuando, satisfecho nuestro deseo, fueses al lado mío y vieses un gesto de desdén en éste, una mirada de lástima en aquél, una sonrisa de burla en el otro, ¿qué pensarías tú, Luciano? ¿qué harías viendo al objeto de tu pasión convertido en poste de ignominia, donde todos pudiesen arrojar una paletada de lodo?... No hablo de mí; es de tí y de tu dolor de lo que hablo.

LUCIANO. ¡La deshonra!... ¡El oprobio!... ¡Y esto por mi causa!... ¡Es horrible la felicidad á ese precio!...

ANGELA. ¿Lo ves? ¿Comprendes como yo, por deber, y tú por lástima hacia mí, necesitamos renunciar á este amor?

LUCIANO. ¡Renunciar!... (En un arranque de pasión.) No; ¡pero si eso no es posible; si lo que aseguras es falso; si yo tengo derecho á amarte; si te quiero; si te necesito; si no puedo vivir sin tí!...

ANGELA. (Aparte.) ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¡Dame fuerzas, porque mi conciencia se desploma! (Alto. Tratando de reponerse.) Es tu deber, es mi honra, los que nos imponen este sacrificio. Yo te exijo... ¡no, yo te ruego con las lágrimas en los ojos, que no hables, que calles, que me dejes salir de aquí!...

LUCIANO. ¡Ángela!... (Con desesperación y amor.)

ANGELA. (Con angustia.) ¡Por piedad, Luciano!...

LUCIANO. (Después de una pausa en que el actor procurará demostrar todos los afectos que en él combaten.) Te obedezco. (Luciano se aparta de Ángela. Ésta trata de dominarse, y dice, dirigiéndose á él.)

ANGELA. ¡Gracias!... No soy yo; eres tú quien me salva. Y ahora adiós!...

LUCIANO. ¡Cómo adiós!... ¡Vas á separarte de mí!

ANGELA. ¿Y qué podrías tú decirme? ¿qué podría decirte yo que no fuese para aumentar nuestra desesperación y nuestra amargura? (Luciano se apoya sobre la chimenea, y oculta el rostro entre las manos. Ángela se dirige hacia el fondo. Al llegar á ella, vuelve la cabeza. Luciano levanta la suya, se dirige hacia Ángela, y coge con las suyas las manos de ésta.)

LUCIANO. ¡Adiós, Ángela, adiós!... (Besa apasionadamente la mano de Ángela, y se retira sin volver la cabeza por la puerta de la izquierda, que cierra tras él. Ángela, al ver salir á Luciano, se detiene y rompe en sollozos.)

ANGELA. ¡Señor, haz que sea feliz, que me olvide!... (Con pasión.) No; haz que me recuerde, que me ame, aunque sufra como yo sufro, como quiero sufrir por él. (Ángela queda vuelta de espaldas á la puerta del fondo, donde aparece Eduardo.)

ESCENA VIII

ÁNGELA y EDUARDO; al final JULIA

ED. (Aparte.) ¡Es Ángela!... ¡Sola!... ¡Y está llorando!... Por él... ¿Por quién aquí, si no?

ANGELA. (Haciendo un esfuerzo para dominar su dolor.) Vamos. (Se vuelve y ve á Eduardo. Aparte.) ¡Eduardo!...

ED. (Con sarcasmo.) ¿Sería indiscreto si me atreviese á consolar á usted?

ANGELA. ¡Consolarme!... (Con altivez.) Ni yo necesito consuelos, ni aunque los necesitara, sería usted el llamado á prestármelos.

ED. (Con ironía.) Verdad. Las desdichas de amor sólo puede consolarlas bien el que las produce. Hablo de Luciano; ¿no es ese?

ANGELA. Ni tiene usted derecho á interrogarme, ni yo he de darle explicaciones que no entendería. Beso á usted la mano. (Hace ademán de dirigirse al fondo.)

ED. Altiva como siempre. ¡Lástima que en este momento no luzca tanto esa altivez, porque la empañan unas cuantas lágrimas vertidas en el estudio de un escultor!

ANGELA. Sabía que era usted un impertinente; ignoraba que fuese usted un mal caballero.

ED. Puede usted juzgarme á su antojo, pero no olvide que mi ambición se cifra en usted, y que si usted desecha mis ruegos, me vengaré de su desvío. Antes pudo usted herirme á mansalva; ahora es distinto; se han igualado las condiciones de la lucha; devolveré golpe por golpe; soy peor enemigo de lo que usted cree.

ANGELA. Después del insulto, la amenaza; es natural, pero ni insultándome ni amenazándome, podrá usted inspirarme más que lo que me inspira en este momento. (Se dirige hacia el fondo.)

ED. Acaso modifique usted su opinión.

ANGELA. ¡Modificarla! (Al llegar Ángela á la puerta del fondo, aparece en ella Julia.)

JULIA. (Aparte. Con rabia.) ¡Ella!

ANGELA. (Aparte.) ¡La mujer de Luciano! (Alto.) ¡Señora!... (Hace á Julia una inclinación de cabeza, y sale por el fondo.)

ESCENA IX

JULIA y EDUARDO

JULIA. ¿Aún estaba aquí esa mujer? (Con ira.)

ED. Y estaba sola cuando entré yo. Sola y llorando.

JULIA. ¡Sola!... ¿Qué hacía?

ED. Hace un momento, hablar conmigo; antes... para saber lo que hablaba antes, sería preciso que nos lo dijese Luciano.

JULIA. No hace falta. Hablaban de amor; lloraba por él.

ED. Es posible.

JULIA. Sin duda para que su traición le resulte más cómoda, quiere Luciano separarme de los míos. Claro; su madre puede disculpar sus traiciones.

ED. ¿Crees...?

JULIA. Creo que se aman. ¿No son bastante prueba la conducta de mi marido y las lágrimas de Ángela? Pues ahí está ese busto, delante del cual he sorprendido ayer á Luciano contemplándolo, no con ojos de artista, con ojos de amante. Las mujeres no equivocamos nunca el significado de una mirada. La de Luciano era una mirada de amor.

ED. Desgraciadamente, no puede negar tus sospechas.

JULIA. ¡Y su madre colmando á Ángela de bendiciones y de elogios!... «Es muy buena—me decía anoche.—¡Si tú la trataras!...» ¡Qué cúmulo de infamias!... Yo les probaré que nadie se burla de mí impunemente.

ED. ¿Qué quieres hacer?

JULIA. Provocar una explicación categórica. Necesito hablar á solas con Luciano.

ED. Pero...

JULIA. Déjame con él y ve á las habitaciones de mi madre, y

ponla al tanto de lo que ocurre. Es preciso arrostrar la situación de frente.

ED. Tienes razón, y te obedezco. (Se dirige hacia el fondo. Aparte.) Ahora ella, y después yo; y conmigo el escándalo si es preciso recurrir á él. (Sale Eduardo por el fondo.)

ESCENA X

JULIA; al final DOLORES

JULIA. ¡Luciano amante suyo! ¡Y su madre...! ¡Su madre! ¡Y ella! (Encarándose con el busto de Ángela.) ¡Esta miserable mujer, que quiere suplantarme, vencerme!... ¡No lo conseguirás! (Contempla el busto de Ángela con odio.) ¡Y está aquí, orgullosa sobre su pedestal, desafiándome con su belleza! ¡Traidora! ¡Si pudiese hacer con ella lo que voy á hacer con este pedazo de barro! (Se dirige hacia el busto en actitud de derribarlo. Se abre la puerta de la derecha, y aparece en ella Dolores, que queda sorprendida de la actitud de Julia.)

DOL. ¿Qué vas á hacer?

ESCENA XI

DOLORES y JULIA; al final LUCIANO

JULIA. ¡Arrojad á esta mujer de su pedestal! ¡El taller de Luciano es mi casa, y no consiento que la amante de mi marido la ocupe ni en efigie siquiera!

DOL. (Con tono de sorpresa profunda.) ¿Qué dices?... ¿Estás loca? ¿Supones...?

JULIA. Hago más que suponer; afirmo, que Luciano es el amante de Ángela.

DOL. (Con severidad.) ¡Calla, no hables así! No creo á Luciano capaz de engañarte; sería un insensato si lo hiciera; pero aunque él se atreviese á tanto, Ángela es tan honrada, que está por encima de toda sospecha y de toda acción vergonzosa.

JULIA. ¿La defiende usted? (Con cólera.)

DOL. ¿Cómo no defenderla si la conozco, si he visto subir su alma á sus labios cuando era niña, y sé que el alma de Ángela sólo puede abrigar sentimientos nobles y puros? Ángela, no puede ser culpable.

JULIA. ¡Pobrecita! (Con despecho.) ¡Como la quiere á usted mucho, y la agasaja, y la contempla, es impecable! La mala soy yo. ¿No es verdad?

DOL. (Con severidad.) ¡Julia!...

JULIA. (Con sarcasmo.) Ella no puede ser delincuente; y si lo fuera, no faltarían excusas para justificar su delito.

DOL. (Con sorpresa é indignación.) ¿Qué imaginas?... ¿Qué quieres decir?

JULIA. Que á mí se me odia tanto, como á ella se la admira, y que tratándose de elegir, entre una y otra, no sería yo quien ocupase el mejor puesto.

DOL. (Con indignación.) Pero, ¿qué habla esta desdichada? ¿Y eres tú, tú, á quien yo se lo he perdonado todo, injurias, desdenes, injusticias; tú, por cuya ventura consentí en separarme de mi hijo; tú, por quien ruego y me sacrico é imploro, la que así me trata?...

JULIA. (Con ira.) ¡Soy muy mala, mucho!... Por eso es natural que usted disculpe los crímenes de su hijo y proteja sus amores con esa mujer. (Se abre la puerta de la izquierda, y aparece en ella Luciano, que escucha las últimas palabras de Julia.)

LUCIANO. (Aparte.) ¡Qué! (Se detiene en la puerta sin ser visto.)

DOL. (Con indignación.) ¿Afirmas que protejo los amores de Ángela y de Luciano?

JULIA. ¡Sí!

DOL. Pues afirmas una calumnia y eres una infame.

LUCIANO. (Avanzando hacia Dolores.) ¡Madre!...

DOL. (Con desesperación.) ¡Hijo mío, mira lo que dice!...

ESCENA XII

DOLORES, JULIA y LUCIANO

LUCIANO. (Con cólera.) ¿Qué?

DOL. (Con desesperación.) ¡Que yo...! (Deteniéndose, como arrepentida de lo que iba á decir.) ¡Nada; no me creas; no ha dicho nada!

LUCIANO. ¡Es inútil que niegues; lo he oído yo! (Se dirige hacia Julia.)

DOL. (Suplicante.) ¡Luciano!...

LUCIANO. (Á Julia.) ¿Te has atrevido á calumniarla?... ¿Qué has dicho?

JULIA. Que tienes una amante.

LUCIANO. No hablo de mí; hablo de ella, de esta mártir de tus crueldades y de tus odios.

DOL. ¡Discúlpala; la enloquecen los celos!

JULIA. ¡No estoy loca; sé lo que digo!

LUCIANO. (Á Dolores.) ¡Lo estás oyendo; no se arrepiente! (Á Julia.) Pues oye. Si un hombre, aunque ese hombre fuese mi hermano, la sangre de mi sangre, un sér nacido de la misma entraña que yo, insultase á mi madre como tú lo has hecho, yo le arrancaría la lengua para que no repitiese el insulto.

JULIA. ¡Me amenazas!

DOL. (Á Luciano, en actitud de ruego.) ¡Basta!

LUCIANO. (Á Julia.) ¡Eres mujer, y por serlo, sólo por serlo, te haces acreedora al respeto material de mi indignación; pero es necesario que aquí, en este momento, reconozcas tu culpa y pidas perdón á esta desdichada.

JULIA. ¡Pedir perdón yo, á quien tú desprecias por otra! ¡No lo esperes!

LUCIANO. Repito que no hablo de mí; hablo de mi madre, de ella que nada te ha hecho. De mí, dí lo que quieras; pero á ella, vas á pedirle perdón, y á pedírselo inmediatamente. (Avanza hacia Julia.)

DOL. (Interponiéndose.) ¡No, hijo mío, calla; olvídalo todo, per-

dónala como yo la perdono! (Con autoridad y grandeza.) ¡Lo exijo, lo mando! (Aparecen Isabel y Eduardo en el fondo.)

LUCIANO. (Á Julia.) ¡Aprende! ¡Pero antes suplica! (Avanzando hacia ella.)

ISABEL. (Adelantándose.) ¿Á quién, y por qué ha de suplicar? (Eduardo queda en el fondo.)

ESCENA XIII

JULIA, ISABEL, DOLORES, LUCIANO y EDUARDO

JULIA. ¡Á ella; porque su hijo tiene una querida, porque ella la defiende y porque yo censuro su conducta!

ISABEL. Natural es que procedan así los que se han aliado para contribuir á tu desgracia.

LUCIANO. ¿Usted también?...

DOL. ¡Pero qué les he hecho yo, Dios mío! (Se deja caer con desesperación en el sofá.)

LUCIANO. (Con energía y cólera.) ¡Ea, basta de respetos y de consideraciones inútiles!

ED. (Aparte.) ¡Por fin!... (Avanza un poco hacia el sitio donde están Isabel y Julia.)

JULIA. ¡Tú...!

LUCIANO. ¡He dicho que basta! ¿No les es á ustedes suficiente con mi martirio; necesitan el de mi madre?... ¡Pues no será, yo se lo aseguro!

ISABEL. ¿Qué quieres decir?

LUCIANO. Que todo tiene término; que el insulto se paga con el insulto, y el desprecio con el desprecio, y el odio con el odio; que mis amarguras rebosan; que rompo, por mi voluntad, lazos que ustedes rompieron antes con su torpeza; que ustedes están de un lado con su rencor y mi madre de otro con sus lágrimas, y que yo me separo de quien ofende y de quien ultraja, y me pongo junto á quien padece y quien llora. ¡Eso digo!

ED. ¡Cómo!... (Avanza y se pone al lado de Isabel y de Julia.)

JULIA. ¿Te atreves á renegar de mí?

LUCIANO. ¡Ya lo ves!

DOL. (Levantándose y dirigiéndose hacia Luciano.) ¡No; no sigas; eso es imposible!

LUCIANO. (Cogiendo á Dolores por un brazo y contemplando á los otros con ademán de desafío.) ¡Imposible, cuando ellos reniegan de tí; cuando te execran y maldicen!... ¡Tú eres el arranque de mi vida, el apoyo de mi existencia, el vínculo imborrable, perpetuo, porque viene de la Naturaleza y de Dios; ellos son lo que la casualidad arroja á nuestro paso, lo que á nosotros se une por exigencias de la costumbre y por mandato de la ley; tú sufres por su causa; ellos, sin motivo, te hieren!... ¿Y aún quieres que dude?... ¡No, madre mía! ¡De tu seno nací, á tu seno vuelvo; en tus brazos me tuviste, con los míos te estrecho para defenderte y escudarte!

DOL. ¡Hijo!... (Ocultando el rostro en el hombro de Luciano.)

LUCIANO. ¡No ocultes el rostro; míralos cara á cara para que aprendan en la tuya, los que de ellos carecen, cómo siente el amor, cómo llora la resignación y cómo sufre la mansedumbre!

JULIA. ¡Nos insultas!

ISABEL. ¡Si tu padre oyese...!

ED. Le oigo yo, y no toleraré que os maltraten en mi presencia. (Avanza hacia Luciano.)

LUCIANO. (Con ira.) ¡Tú!... (Aparece don Rafael en la puerta del fondo.)

DOL. (Con espanto y asombro.) ¿Qué dice este hombre?

RAFAEL. (Desde el fondo.) ¿Qué es esto?

LUCIANO. (Á Eduardo.) ¿Tú defiendes su proceder? ¿Tú censuras el mío? ¿Tú te haces responsable de sus insultos?...

ED. ¡Yo, sí!

LUCIANO. ¡Gracias á Dios, porque tú eres hombre y me responderás con tu corazón del ultraje! (Luciano y Eduardo se dirigen el uno hacia el otro. Don Rafael, avanza á interponerse entre los dos.)

ESCENA XIV

DOLORES, JULIA, ISABEL, LUCIANO, EDUARDO y DON RAFAEL

JULIA. ¡Eduardo!... (Con terror.)

DOL. ¡Hijo mío!... (Á don Rafael.) ¡Evite usted esta nueva desdicha! (Con angustia.) ¡No; no puede ser que esto suceda! (Dolores, vacila y retrocede. Luciano, la sostiene en sus brazos.)

LUCIANO. ¡Madre!... (Sosteniéndola. Á Eduardo.) ¡Agradece á que su dolor es primero que mi venganza! ¡Pero no te haré esperar mucho!

ED. ¡Estoy á tus órdenes!

RAFAEL. (Á Luciano.) ¿Qué quieres hacer?

LUCIANO. ¿Qué?... (Con terrible calma.) ¡Consolar á mi madre, y matar á este hombre! ¡Eso no se pregunta!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El teatro representa un despacho en casa de don Rafael. Puerta al fondo; una en el lateral derecho, y otra en el izquierdo. En la derecha, una mesa con recado de escribir; á la izquierda, una butaca.

ESCENA PRIMERA

DON RAFAEL y PEPE

PEPE. ¡Parece mentira verlo bueno!

RAFAEL. ¡Verdad!

PEPE. Ayer, cuando salieron ustedes juntos, y por vez primera á la calle, creí que soñaba. ¡Mire usted que hemos pasado unos ratos...! ¡Primero, la cuestión y la furia del señorito, y el trasladarnos desde su casa á la de usted, solos, es decir, sin su mujer y con su madre; luego el duelo, y el señorito cayendo herido por la espada de don Eduardo, de ese...! Ahí tiene usted lo que yo no me explico.

RAFAEL. ¿Qué?

PEPE. Que don Eduardo hiriese al señorito.

RAFAEL. ¿Por qué no te lo explicas, hombre?

PEPE. Porque no hay más que mirar al uno y al otro para comprender que las cosas debieron pasar de otro modo. Cuando los ví frente á frente, desde la delantera

del coche, me dije: «Don Luciano, pega; primero, porque tiene razón, y la razón ayuda mucho.»

RAFAEL. En teoría romántica, en prácticas de esgrima, tener razón, es no tener nada.

PEPE. ¿Dice usted...?

RAFAEL. No digo, pensaba alto: sigue.

PEPE. Pues yo decía: «El señorito lleva la razón; y como, además, es más fuerte y más bravo que el otro, no hay duda de que acaba con él.» Así es que, cuando cruzaron las armas, hubiese apostado veinte contra una á que mi amo llevaba la mejor parte: y, sin embargo...

RAFAEL. Fué tu amo quien cayó. Por encima de la justicia de una causa, y de la bravura de un corazón, y de la fortaleza de unos músculos, están un golpe tirado con rapidez y un quite inhábil que no llega á tiempo: el cobarde hiere al valiente, y se acabó la historia.

PEPE. Ahí tiene usted lo que yo no me explico.

RAFAEL. ¡Qué quieres... misterios del duelo y escrutinios providenciales... de la esgrima! En fin, lo importante es que se haya salvado.

PEPE. ¡Qué energía la suya!... Subió la escalera por su pie, y aún tuvo fuerzas, mientras el médico practicaba la cura, para ordenar que se prohibiera la entrada á la señorita Julia, si venía á verlo. Y no entró, ni entraría, si usted y doña Dolores no me hubiesen dado hoy órdenes en contrario.

RAFAEL. Así lo quiere tu amo también.

PEPE. La que se ha portado admirablemente, ha sido la señorita Ángela: dos recados diarios, ¡y con cuánto interés los mandaba! Le cuadra el nombre á esa señora: ¡es un ángel! ¿Por qué me habrá prohibido doña Dolores que le hable al señorito de esto?

RAFAEL. Por motivos que ni se te alcanzan, ni yo debo decirte.

PEPE. No hace falta; ya sabe usted que no soy curioso. Ni he preguntado si era de la señorita Julia la carta que se recibió anoche, y puso de tan mal humor á don Luciano; ni pregunto por qué me ha hecho llevar hoy doña

Dolores una carta á casa de la señorita Ángela. Cuando lo ha hecho, para bien de mi amo será: adora en él. ¡Y qué enferma está la señora!... ¡A la fuerza, con tanto disgusto, y estando tan delicada como estaba!...

RAFAEL. Se tiene en pie por un milagro.

PEPE. Y lo que es salir á la calle, imposible. Da pena verla y oir al médico. La menor cosa puede matarla. Porque estas enfermedades del corazón, acaban con uno cuando menos lo piensa.

RAFAEL. ¡Pobre Dolores!... (Toma asiento en una butaca.)

PEPE. En el cuarto del señorito estaba... ¿Saldrán ustedes á la misma hora de ayer?

RAFAEL. Sí.

PEPE. Pues voy á prepararlo todo para cuando ustedes dispongan. (Se dirige hacia el fondo y mira á la puerta de la derecha.) ¡La señora! (Entra Dolores por la derecha y sale Pepe por el fondo.)

ESCENA II

DOLORES y DON RAFAEL

RAFAEL. ¿Viene usted de ver á Luciano?

DOL. (Con pena.) ¡Hijo de mi vida!...

RAFAEL. ¡Ánimo! Ya pasaron los días de prueba y comienzan los de esperanza.

DOL. Porque la tengo, vivo.

RAFAEL. ¡Cuánto ha sufrido usted!

DOL. ¡Mucho, don Rafael, mucho! ¡Parece mentira que el corazón de una madre pueda sufrir tanto! ¡¡Cuando ví entrar á mi Luciano en brazos de ustedes, creí que le veía por última vez, que no era un cuerpo vivo el que apretaba contra mi pecho!

RAFAEL. ¿Á qué recordar ese instante? (Con cariño.)

DOL. ¡Qué horas tan largas, tan desesperadas, tan angustiosas he pasado al pie de su lecho, contemplando con ojos llenos de lágrimas aquel semblante lívido; recogiendo con mis labios trémulos el calor de su respira-

ción entrecortada y fatigosa; buscando con mis pupilas febriles las suyas, medio abiertas por el párpado amoratado para encontrar en ellos un rayo de luz y un resplandor de vida; cómo penetraba mi mano por debajo de la cubierta de su cama, para apoyarse sobre su corazón y recoger todos sus latidos, y cómo iba recogiéndolos uno á uno y preguntándome á cada uno de ellos que sonaba: «¿Será el último?... ¿No latirá más este corazón?... ¿Morirá mi Luciano?...» «¡No, no quiero que muera—me respondía;—necesito que alguien me conteste que no!...»

RAFAEL. ¡Vamos, Dolores! (Con afecto.)

DOL. É interrogaba á todos, y suplicaba á todos también; á las obscuras gotas de sangre ensanchadas sobre el vendaje de la herida; al sudor frío que inundaba su frente; á la calentura que se desbocaba por sus venas con tictac rudo y con golpeteo desigual; á la opaca lámpara que alumbraba su alcoba; á usted, que cruzado de brazos seguía en silencio las oscilaciones de su existencia y el desbordamiento de mi dolor; al médico, que luchaba cuerpo á cuerpo con la muerte, sin concedernos una esperanza... ¡á todos!... ¡Y cuando en todos veía la amenaza cruel, la duda siniestra ó la negativa desesperada, volvía los ojos á Dios, no para pedirle que le salvara, porque esto me parecía imposible, para suplicarle que me matase antes que á él, que me librara de la horrible pena de ver morir á mi Luciano!

RAFAEL. ¡Dios la escuchó á usted!

DOL. Hizo más que escucharme, puesto que vive y vivo... Mas ¡ay! que cerrada la herida de su cuerpo, continúa abierta la de su alma.

RAFAEL. Esa es más difícil de curar.

DOL. Y sin embargo, yo necesito que mi hijo olvide, que acabe esta insostenible situación porque todos atravesamos.

RAFAEL. ¡Acabar!... (Con desaliento.)

DOL. ¿Lo duda usted?

RAFAEL. Hago más; digo que no es posible que acabe.

DOL. ¿No es posible que Luciano perdone á Julia, que Julia confiese sus errores y se arroje á los pies de mi hijo?... ¿Dice usted que esto no es posible?

RAFAEL. Sí.

DOL. ¿Olvida usted que Luciano, accediendo á mis súplicas, ha consentido en ver á Julia; que Julia viene hoy á casa de usted?

RAFAEL. No lo olvido. Afirmo que la entrevista será inútil. Quiere usted reconstituir el hogar de Luciano. La empresa es sublime, pero será estéril.

DOL. ¿Por qué ha de serlo, si el perdón y el arrepentimiento lo borran todo? Julia ha escrito á Luciano; quiere verle; le verá dentro de un momento; ¿qué otra cosa sino el deseo de ser perdonada explicaría su presencia en casa de usted? Y si ella le pide perdón, ¿por qué no ha de concedérselo él? ¿porque le ultrajó á él? ¿porque me ofendió á mí?

RAFAEL. Por eso; y si eso no fuera bastante, que sí lo es, porque no ama á Julia, y porque ama á otra.

DOL. ¡A Ángela!

RAFAEL. A Ángela, que ha llenado el vacío hecho en su alma por la injusticia y por la crueldad de Julia; á Ángela, á quien Luciano irá á buscar; ya sabe usted que este es su propósito, su irrevocable decisión; á Ángela, que, cuando le vea, accederá á sus ruegos, porque le adora, porque los acontecimientos les empujan fatalmente el uno hacia el otro.

DOL. Es que lo que mi hijo pretende, no ocurrirá. Luciano no verá á Ángela. Lo impediré yo.

RAFAEL. ¡Usted!... ¿Cómo?

DOL. Exigiendo á Ángela un nuevo sacrificio. Si hubiese tenido fuerzas para salir de su casa de usted, hubiera ido á la de ella á pedirle que se alejara de Madrid, que olvidase á Luciano, que le desengañara para siempre. No puedo ir, y hago que ella venga. Mientras usted sale con Luciano para terminar el arreglo de su nuevo es-

tudio, Ángela vendrá aquí, yo hablaré con ella, y ella accederá á mis pretensiones. La que tuvo valor para no rendirse, lo tendrá para abandonarle.

RAFAEL. ¡Qué hermoso corazón el de usted! ¡y qué hermosas y qué irrealizables quimeras las suyas!... Así fuera como usted pretende; pero usted no cuenta con algo que está por encima de todo, cuando de pasiones humanas se trata; la pasión misma. Pueden sustraerse á ella los ángeles; los hombres, no.

DOL. ¡Oh, don Rafael! ¡no diga usted eso!

RAFAEL. ¿Por qué no decirlo si es verdad? Separe usted á Ángela y á Luciano, sepárelos usted, y ella salvará la distancia con el pensamiento para pensar en él, y él atropellará por todo para verla. Se verán, y, créalo usted; seres á quienes la pasión empuja, en la pasion se unen; pechos á quienes el dolor sacude, en el dolor se enlazan; almas que en la desdicha se aproximan, en la desesperación se compenetran. No será justo, pero es inevitable; no será santo, pero es así.

DOL. No siga usted; eso no es posible.

RAFAEL. ¡Silencio!... ¡Luciano! (Entra Luciano.)

ESCENA III

DOLORES, DON RAFAEL y LUCIANO; luego PEPE

LUCIANO. En busca de usted venía, don Rafael. (Entra Pepe por el fondo.)

PEPE. ¡La señorita Julia!

LUCIANO. Hazla entrar.

DOL. ¡Luciano!... (Sale Pepe por el fondo.)

LUCIANO. Nada temas. Has querido que hablemos á solas, á solas hablaremos. Adiós, madre. Hasta dentro de un instante, don Rafael. (Dolores sale por la izquierda. Don Rafael lo hace por la derecha. Entra Julia por el fondo, donde se detiene. Luciano queda en pie, apoyado contra la mesa de despacho. Uno y otro permanecen en silencio un instante.)

ESCENA IV

JULIA y LUCIANO

LUCIANO. El día en que me separé de tí, creí que nos separábamos para siempre; que no debíamos volver á vernos. Has insistido en que celebremos una entrevista. ¡Sea! No soy yo quien la puede temer; pero ignoro qué objeto tiene, y quiero oirlo de tu boca.

JULIA. ¿Qué objeto?

LUCIANO. ¡Sí!

JULIA. El de terminar con la situación vergonzosa en que tu conducta nos ha colocado; el de poner coto á la murmuración de las gentes; el de recobrar un puesto que tú, sin motivo, me niegas. Por eso vengo aquí, y estoy dispuesta á perdonarte.

LUCIANO. (Con asombro.) ¡A perdonarme!

JULIA. A eso vengo, dando al olvido todo lo que me has hecho sufrir.

LUCIANO. ¡Yo!... ¿Que te he hecho sufrir yo?

JULIA. Sí; convirtiéndome en víctima tuya, arrojándome de tu lado, prohibiéndome la entrada en esta casa, cuando yo, sabedora de los resultados del lance provocado por tus furores, vine á verte llena de sobresalto é interés.

LUCIANO. ¿Te inspiraba interés mi herida? (Con sarcasmo.)

JULIA. (Con despecho.) ¡Luciano!...

LUCIANO. Heridas más hondas, más incurables, he recibido sin que te dieras cuenta de ello. Como esta se veía, como estaba en la carne, á flor de pecho, tuviste lástima de mí. Es un exceso de generosidad. Muchas gracias.

JULIA. ¿Te burlas?

LUCIANO. Mi herida está cerrada para siempre; no merece la pena hablar de ella. Decías antes que te he hecho víctima de mis rencores.

JULIA. ¡Lo he dicho, y no obstante...!

LUCIANO. ¡Me perdonas é intentas una reconciliación! (Con ener-

gía.) ¡Pues oye: esa reconciliación no se verificará! ¡Yo me niego á ella!

JULIA. ¿Que te niegas?

LUCIANO. ¡Sí!

JULIA. ¿Olvidas que esa reconciliación es necesaria entre nosotros? ¿Que no puedes negarte á ella? ¿Que bastante indulgente soy yo, viniendo á pedirte lo que tengo derecho á exigir?

LUCIANO. ¿Derecho?... ¿En qué lo fundas?

JULIA. En que no te he dado motivo para abandonarme; en que he sido fiel á los juramentos que te hice; en que soy tu esposa.

LUCIANO. ¡Mi esposa!... ¿Lo eres? ¿Has intentado serlo, siquiera?

JULIA. (Con asombro.) ¿Qué dices?

LUCIANO. ¡Mi esposa!... Es cierto que te dí ese nombre; pero, ¿lo has merecido?... ¿Has hecho nada para conservarlo?... ¿Crees que basta arrodillarse al pie del altar y recibir la bendición de un sacerdote para ser esposa?

JULIA. ¿Cómo?

LUCIANO. ¡Eso no basta! ¡Es un modo de poder serlo, y nada más! ¡La esposa, es la mujer que, al unirse á un hombre, por ese hombre existe, y por él lucha, y con él vence, ó con él sucumbe! ¡Enlaza su mano, á la de él, no para esclavizarle, para seguirle: arriba, si sube; abajo, si cae; con la sonrisa en los labios y el orgullo en las pupilas, si es vencedor; con las lágrimas en los ojos y el consuelo en la boca, si es vencido! ¡Amor inagotable, ternura infinita, confianza sin límites!... ¡Un corazón que no vacila y un pensamiento que no duda!... ¡Ahí tienes lo que es una esposa! ¿Cuándo has sido tú eso para mí?

JULIA. ¿Me culpas porque me he opuesto á tus insensateces, á tus locuras; porque te he querido hacer entrar en razón; porque me he opuesto á que tu orgullo y tu ridículo afán de eso que llamas gloria, nos llevase á la miseria y á la ruina?

LUCIANO. ¡Te culpo, porque no has sido mía nunca!

JULIA. ¡Luciano!...

LUCIANO. ¿Soñaba el artista? ¿Veía delante de sus ojos un combate empeñado, y antes de lanzarse á él acudía á tí con las alas de la imaginación abiertas y el corazón chorreando sangre? ¡Pues tú le cortabas las alas y ensanchabas su herida! No le decías: «¡Lucha, aunque la envidia te muerda y la miseria te rodee! ¡Sé pobre, sé desgraciado, pero sé grande; yo creo en tí!» No; tú me decías: «¡Rebájate, humíllate, prescinde de tus ambiciones! ¡No seas grande, pero sé rico!» ¡Eso es lo que me contestabas tú!

JULIA. ¿Yo?...

LUCIANO. ¡Tú, que has sido el asesino de todas mis esperanzas y de todas mis dichas!

JULIA. ¿Te atreves á juzgarme así?

LUCIANO. ¿Qué has hecho tú sino martirizarme de continuo? ¡Quise hacerte mi compañera, y te convertiste en mi verdugo; tengo una madre, y has desatado contra ella tu odio; vino ella á tu lado, y la arrojaste de tu casa; te protegía, y la ofendiste; te ofrecí el olvido de tus culpas por una frase de respeto para ella, y no me obedeciste; te ofreció ella el perdón, y la pagaste con la calumnia! ¡Has escarnecido mis ilusiones de artista; deshecho mis esperanzas de hombre; pisoteado mis sentimientos de hijo!... ¿Y aún dices que me respetas, que eres mi esposa, que tienes derecho sobre mí?... ¡Mentira!

JULIA. (Con enojo mal reprimido.) ¡Luciano!...

LUCIANO. ¡Déjame, Julia, déjame; todo ha concluído entre nosotros! (Se aparta de Julia.)

JULIA. (Con despecho.) ¡Concluir!... ¡Así, calladamente, á medida de tu conveniencia, con perfecta y absoluta tranquilidad!... ¡Un marido se cansa de su esposa, decide dejarla porque sí, y ella á resignarse! ¿no es esto?... ¡Sería muy cómodo!

LUCIANO. ¿Qué está diciendo esta mujer?

JULIA. ¡Que no aceptaré pacientemente la situación en que pretendes colocarme; que haré juez al mundo de tu

abandono; que si te niegas á una avenencia, no me resignaré! ¡Se resigna el culpable! ¡Yo no me encuentro en ese caso!

LUCIANO. ¿No?

JULIA. ¡No! ¡Puedo levantar la frente delante de tí, de todos, porque no he faltado á mis deberes; porque soy honrada!...

LUCIANO. ¡Honrada!... ¡Ah, sí; eres honrada!... ¡Un hombre no se ha interpuesto entre nosotros! ¿Y qué? ¿Basta eso para la satisfacción de tu conciencia? ¿Eso es todo para la ventura de un hogar?

JULIA. ¿Qué?

LUCIANO. ¡El hogar manchado por la deshonra, con la muerte del deshonrador se purifica! ¡Pobre hogar el que se deshace con la pérdida de las ilusiones, de las esperanzas y sigue en pie sin que nadie pueda destruirlo por completo!... ¡Feliz aquél á quien una mujer deshonra! ¡Ese, al menos, puede matar!

JULIA. ¡No sigas buscando excusas á tu proceder! ¡Ten siquiera franqueza! ¡Dí que me dejas por otra; que amas á otra! ¡No lo niegues!

LUCIANO. ¡Si no niego, si no trato de negarte nada! ¡Tu conducta me ha dejado libre para todo! ¿Quién eres tú para pedirme cuentas? ¡Ningún vínculo me une á tí!

JULIA. ¿Que no?

LUCIANO. ¡No; ni la comunidad de ideas, ni la de sentimientos! ¡De amor no hablo, porque tú no me has amado nunca! ¡El amor no puede estar representado por un cuerpo que se entrega, sin entregar el alma que lo sostiene!

JULIA. ¡Advierte que me estás insultando!

LUCIANO. ¡Me pides franqueza, y la tengo! ¡Ningún vínculo nos une, ninguno, lo repito! ¡Hasta la Naturaleza nos ha privado de hijos, para que nuestras almas no se enlacen sobre una cuna!

JULIA. ¡Basta!... ¡No quiero, no puedo oirte más!... ¿Insistes en tu decisión? ¿Deseas que salga de esta casa?

LUCIANO. ¡Sí!

JULIA. ¡Voy á complacerte!

LUCIANO. ¡Por fin!...

JULIA. ¡Pero piensa y medita lo que haces! ¡Deseo evitar un escándalo; pero me hallo dispuesta á no sufrir resignadamente tu abandono! ¡Por eso insisto en mi propósito!

LUCIANO. ¡Julia!...

JULIA. ¡Quiero apurar todos los medios, antes de hacer pública mi afrenta! ¡Volveré, y volveré pronto á saber tu resolución definitiva!

LUCIANO. ¡Volver!...

JULIA. ¡Y si continúas negándote á una avenencia, entonces apelaré á cuanto sea necesario para que se me respete y se me haga justicia!

LUCIANO. Como quieras, haz lo que quieras, vuelve cuando quieras; recurre á quien quieras; podrás hallarlo todo, todo, menos dos cosas: un amor que has perdido, y un hogar que yo he abandonado para siempre.

JULIA. Lo veremos.

LUCIANO. ¿Reconciliarnos... volvernos á unir...? ¡Nunca; repito que nunca!... Los muertos no se resucitan, se entierran. (Se abre la puerta de la izquierda, y aparece en ella Dolores.)

ESCENA V

DOLORES y LUCIANO; luego DON RAFAEL

DOL. ¡Hijo mío!...

LUCIANO. (Con frialdad.) Está satisfecho tu mandato.

DOL. ¡Pero...!

LUCIANO. ¿Qué ha ocurrido? Lo que debía de ocurrir; lo que nadie, ni tú misma, hubiera podido evitar.

DOL. (Con amargura.) ¿Se ha ido Julia sin tu perdón?

LUCIANO. No me lo ha pedido. Ha hecho bien, porque yo no pensaba concedérselo. (Entra don Rafael por la derecha.)

DOL. Se lo concederás; es preciso que se lo concedas.

LUCIANO. (Con dureza.) ¿Yo?... (A don Rafael.) ¿Oye usted á mi madre? (A Dolores.) Mira, al salir de casa de Julia, salí de mi pasado; no quiero volver á él.

DOL. (Con amargura.) ¡Pero...! ¡Hijo!... (Con tono de súplica.)

LUCIANO. No supliques, no insistas. (Con dulzura, pero con firmeza. Á don Rafael.) Don Rafael, tenemos que salir juntos esta tarde, y ya es hora de hacerlo.

RAFAEL. Estoy á tu disposición.

LUCIANO. Vamos. ¡Adiós, madre! (Salen por el fondo, Luciano y don Rafael. Después de haber salido, Luciano vuelve, da un beso á su madre, y sale por el fondo.)

ESCENA VI

DOLORES; al final ÁNGELA

DOL. ¿Será cierto lo que dice Luciano? ¿Tendría razón don Rafael? ¿Tiene mi hijo derecho á romper los lazos que le unen con Julia, porque esos lazos son obra de los hombres, y los hombres se engañan, y los hechos pueden más que las exigencias sociales y que las imposiciones de la ley? ¿Será esto verdad?... No; leyes divinas son las que unen á Luciano y á Julia; leyes á las que no pueden sustraerse. (Con tono de duda.) Esto es lo que creo... lo que debo creer. (Breve pausa.) Pero, ¿y si me equivoco? ¿Y si ellos aciertan?... ¡Perdóname, Dios mío, si desgarro mi fe; si discuto el cumplimiento de leyes que, según mis creencias, dictaste; pero se trata de Luciano, de mi hijo; y si yo debo procurar que sea bueno, debo procurar también que sea feliz! Si para serlo necesitara hacerse culpable, siempre que recayese sobre mí su culpa, sobre mí tu castigo, no vacilaría, porque sufrir por él sería otro medio para ganar tu cielo. (Pausa.) ¡Su felicidad!... ¡su porvenir!... ¡su dicha!... ¿Qué le espera al lado de Julia? ¡Una existencia dolorosa desprovista de amor, una soledad horrible para su alma. ¡Ni consuelo, ni alegría, ni paz. Por toda esperanza, la quietud siniestra del aislamiento; por toda recompensa, la satisfacción de haber cumplido su deber; y el deber es un compañero muy frío

para espíritus jóvenes, para cerebros entusiastas, para corazones vehementes!... Esto es lo que le espera con Julia... ¿Y sin ella?... Sin ella, está Ángela, que le haría dichoso. ¡Dichoso!... ¿Cuál sería su dicha? Juntos pisotearan un hogar respetado por los hombres, bendecido por Dios, para constituir otro donde falten la consideración de las gentes y la aquiescencia del cielo. (Con angustia.) ¡Qué vida la suya tan amarga! ¡Delante del mundo, el rubor en el rostro; la vergüenza, en los ojos; el recelo, á cada palabra que se escucha; el miedo, á cada paso que se siente; á solas, la conciencia intranquila, el pensamiento distraído, el corazón lleno de sobresaltos y el alma de remordimientos, lo que en el hogar legítimo es fuente de placer, fruto generoso de bendición, carne sublime que eterniza la nuestra, sería en el de ellos castigo, marca expiatoria, afrenta viva!... (Con horror.) ¿Y es esto lo que les espera? ¡No!... ¡jamás! (Con resolución.) ¡Perdóname, Dios mío, perdóname, por haber dudado!... ¡No hará Luciano lo que intenta! ¡Es preciso que yo le salve, que Ángela me ayude! (Aparece Ángela en el fondo.)

ANGELA. ¡Dolores! (Dolores levanta la cabeza, ve á Ángela, y exclama, dirigiéndose hacia ella.)

DOL. (A Ángela.) ¿Verdad, hija mía, que tú me ayudarás á salvarle?

ANGELA. ¡A salvarle!... (Sorprendida y confusa.)

ESCENA VII

DOLORES y ÁNGELA

DOL. ¡A salvarle, porque mi hijo quiere perder su alma tras de perder su felicidad; porque no renuncia á tu amor; porque está resuelto á todo para lograrlo; porque tal suceso sería horrible!

ANGELA. (Con angustia.) ¡Él...! ¡Luciano pretende...!

DOL. Sí, Ánngela; yo te pido que me ayudes á conjurar esta nueva desdicha.

ANGELA. ¿Y qué más de lo que he hecho puedo hacer, Dolores?

¿No he rechazado su cariño? ¿no me he resignado á perderle?... ¿Qué más puedo hacer yo, ni qué más puede usted exigirme?...

DOL. ¡Ángela!...

ANGELA. En cumplimiento de mis deberes, inmolé en mi alma el amor de Luciano, entregándome al más espantoso de los tormentos; al que consiste en decir: «Me adora y le adoro; soy árbitro de mi ventura; me basta exclamar: ¡Sí! para ser dichosa; y digo: ¡No!, y acepto un dolor infinito.» Aumentóse con mi decisión el sufrimiento de Luciano, y no desfallecí por ello. Me calumnió Julia; pude vengarme arrebatándole á su marido, y dije: ¡No! Cayó herido Luciano; en verle cifrábase mi único consuelo, y no le ví. ¡Sé que padece; que su salvación está en mis labios; que con una palabra, sólo con una, puedo cambiar su suerte y la mía, y no pronuncio esa palabra; y digo: ¡No!, y ¡No!, exclamo en voz alta; y ¡No! me repito por lo bajo; y ¡No! grito aferrándome como una loca á esta negativa cuando el recuerdo de Luciano se encrespa en mi alma, y la pasión me empuja hacia él, y toda mi firmeza de mujer honrada vacila y se hunde ante la imagen avasalladora de su afecto!... Esto es lo que hago. ¿Qué más quiere usted que haga? ¿Qué más puede usted pedirme, Dolores?

DOL. Mucho, porque eso, con ser tanto, es poco para la locura de mi hijo, y poco también para tí.

ANGELA. ¡Dolores!...

DOL. Escucha; puedo hablarte con entera franqueza; he besado muchas veces tu frente de niña, y esto me autoriza á entrar en tu corazón de mujer. Tú amas á Luciano, y Luciano pone la posesión de tu cariño por encima de todo, y quiere verte, y te verá... ¡Si llegáis á veros...! Es preciso que Luciano no te vuelva á ver en la vida, que pierda toda esperanza en tí.

ANGELA. (Con dolorosa angustia.) ¡Oh!...

DOL. Y para que esto ocurra, es preciso que seas tú quien le arranques esa esperanza.

ANGELA. ¿Yo he de hacer eso?

DOL. ¡Sí!

ANGELA. ¿Quiere usted que trate sin piedad á su hijo? ¿que sea el verdugo de sus postreras ilusiones? (Ademán afirmativo de Dolores.) Eso no es posible. No lo haré.

DOL. Y si no lo haces, ¿qué habrás hecho? ¡Nada!

ANGELA. ¡Nada!...

DOL. Nada; lo repito. Si el desengaño que recibe Luciano no es de tal naturaleza que le haga creerse burlado, despreciado por tí, nada habrás conseguido. Inútil será que te alejes, que le huyas; porque irá á buscarte, y se arrojará á tus pies, y te pedirá de rodillas que no lo abandones, que le sigas, que lo olvides todo por él.

ANGELA. ¿Qué?

DOL. ¿Y qué harás tú cuando esto suceda? Si él llega á tu encuentro y te pide su felicidad con las lágrimas en los ojos, ¿qué harás tú? ¿qué será de tí? ¿qué de tu fortaleza y de tu honra?

ANGELA. ¡Sucumbir!... (Oculta el rostro entre las manos. Levantando la cabeza.) ¡No, no quiero que sea! Dice usted verdad. Si Luciano viene á mi encuentro; si me asegura que nuestro amor es justo; si me exige que ceda, le obedeceré, le creeré, porque dudo, porque batallo...

DOL. ¡Oh, calla! (Con terror.)

ANGELA. Yo me opongo á que esto suceda; pero le amo. ¡Le amo, le amo, y no quiero sucumbir á la deshonra!... ¿Qué es necesario hacer?... Hable usted, Dolores; estoy dispuesta á obedecerla.

DOL. (Con efusión y ternura.) Gracias, hija mía.

ANGELA. (Con ansiedad.) ¿Qué hago?

DOL. Ya lo dije antes: arrancarle toda esperanza.

ANGELA. ¿Y cómo?... Sin verle... porque ha de ser sin verle... Viéndole, no podría. Me falta valor para matarle cara á cara.

DOL. Tienes razón. No debes verle. (Se dirige hacia la mesa de despacho.) Escríbele.

ANGELA. ¡Escribirle!...

DOL. Una carta cruel; que no le permita esperar; que borre tu imagen de su corazón para siempre. (Ángela toma asiento delante de la mesa, y se dispone á escribir. Antes de hacerlo, se detiene.)

ANGELA. ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

DOL. (Con solemnidad.) Sí; Dios nos ve. Él te consolará. (Ángela escribe, dando á entender la desesperación que la domina. La actriz representará este momento como lo juzgue más conveniente á su situación.)

ANGELA. (Entregando la carta á Dolores.) Ya está. ¿Es esto?

DOL. (Después de leer.) ¡Sí! (Entrega la carta á Ángela. Ésta pone el sobre, se levanta y deja la carta sobre la mesa.) ¡Gracias, gracias otra vez, Ángela!... ¡Y ahora, adiós! (Con emoción.)

ANGELA. ¡Adiós!... (Con pena. Se dirige al fondo. Una vez en éste, se detiene y vuelve la cabeza hacia el sitio donde está Dolores. Ésta, que la ha seguido con los ojos, avanza hacia ella.)

DOL. ¡Ven á mis brazos, por última vez! ¡Ya que no he podido estrechar en ellos á una hija, estrecharé á una mártir! (Dolores y Ángela quedan abrazadas en el centro de la escena. En este momento, aparece Julia en la puerta del fondo. Al ver el grupo que forman Ángela y Dolores, se detiene.)

ESCENA VIII

ÁNGELA, DOLORES y JULIA

JULIA. (Avanzando.) ¿Supongo que no se atreverán ustedes á negar su crimen?

DOL. (Con asombro.) ¿Cómo?

ANGELA. (Con altivez.) ¿Qué dice usted?

JULIA. Digo, que en esta habitación me he visto despreciada, injuriada, despedida por mi marido. ¡Vuelvo á esta casa, no á suplicar, á exigir por última vez lo que tengo derecho á exigir de Luciano, y la encuentro á usted, (A Ángela.) ¡á usted! en el domicilio de mi marido, y en brazos de la madre de éste! ¡Para mí, el desprecio; para ella, el amor! ¡Y ustedes son buenos, y yo infa-

me! ¡Por lo visto, la infamia ha tenido el capricho de cambiar de nombre!

ANGELA. (Con dignidad.) ¡Señora!...

DOL. ¿Pero aún me juzgas capaz de vilezas? ¿Aún crees que puedo intentar nada contra tí?

ANGELA. ¡Déjela usted Dolores! ¡Los que no saben hacer grandes sacrificios, no saben comprenderlos tampoco! (Con desdén y energía.)

JULIA. ¿Es un sacrificio lo que acabo de presenciar? (Con ironía colérica.) ¡Yo creía que era una traición!

DOL. ¡Era un sacrificio, en el que se inmolaban por tí; esta pobre madre á quien insultas, y esta santa madre á quien escarneces!

ANGELA. (Con dignidad.) ¡Basta, Dolores!

JULIA. (Con sarcasmo.) ¿Sacrificio?...

DOL. ¿Lo dudas? (Coge la carta que está encima de la mesa.) ¡Toma, puesto que tu alma sólo está abierta para la calumnia y para el rencor! ¡Ángela acaba de escribir esta carta! ¡Ahí la tienes! ¡Lee, y convéncete! (Alarga á Julia la carta de Ángela. Ésta se interpone, y arranca la carta de manos de Dolores.)

ANGELA. ¿Qué hace usted?... ¡Eso nunca! (Con altivez.) ¡No tengo que dar explicaciones de mi conducta! ¡Puedo pasar por el sacrificio, pero no pasaré por la humillación!... ¡He hecho lo que debía: lo sé yo; usted lo sabe! ¡Con eso basta! ¡No necesito sincerarme! ¡Mi sinceración está en mí misma! (Rompe la carta en pedazos y la arroja al suelo.)

JULIA. ¡Tampoco yo vengo á esclarecer conductas! ¡Nada me importa el amor de Luciano; pero me importan mi decoro, mi amor propio ofendido por ustedes, por él! ¡Se me ultraja, se me abandona, y quiero vengarme! ¡Todo terminará entre él y yo; pero terminará, quedando cada uno de nosotros en el puesto que le corresponde!

DOL. ¡Julia!... (Con angustia.)

ANGELA. (Con desdén.) ¿Qué quiere usted decir?

JULIA. ¡Que se me desprecia, y no me resigno; que es necesario que se sepan los motivos de esta separación; que

nadie ignore que mi esposo tiene una querida; que la madre de mi marido, no sólo protege sus amores, sino que los ampara con su cariño y los consagra con sus abrazos!

ANGELA. ¡Oh!... (Con horror.)

JULIA. ¡Eso quiero, y lo sabrá el mundo! ¡El escándalo nos alumbrará á todos!

DOL. ¿Pero qué está diciendo? ¿Qué intenta? ¿Qué asegura? (Con desesperación á Julia.) ¡Calla, porque al oirte hablar de ese modo, creo que, tratándose de tí, el deber es una mentira, y no hay obligación de cumplirlo! ¡Oh, Dios mío!... ¿Conque ya es imposible todo? ¡Pobre Luciano!... ¡Pobre de mí!... (Se apoya en el brazo del sillón y cae sobre éste desfallecida.)

ANGELA. (Acercándose á ella.) ¡Dolores!... (Con angustia.)

DOL. (Con voz apagada.) ¡Qué angustia!... ¡Me ahogo!...

ANGELA. ¡Se desvanece!... ¡Sus ojos se cierran!... ¡Socorro!... (Aparecen en el fondo, Luciano y don Rafael.)

ESCENA IX

ÁNGELA, DOLORES, JULIA, LUCIANO y DON RAFAEL

LUCIANO. ¡Ángela!... (Ve á Dolores y Julia.) ¿Y mi madre? (Se dirige hacia Dolores. A Julia.) ¿Acaso tú...?

ANGELA. (Con terror.) ¡Pronto, Luciano, don Rafael, vengan ustedes!... (Luciano y don Rafael se acercan á Dolores. Julia, queda en un extremo de la sala con la cabeza baja.)

LUCIANO. ¡Madre!... ¡Desmayada!... ¡Madre mía!... (Rodea con su brazo el talle de Dolores.)

RAFAEL. ¡Dolores!... (Dolores levanta la cabeza y ve á Luciano.)

DOL. ¡Hijo!... (Trata de incorporarse, apoyándose en el hombro de Luciano.) ¡No puedo!... ¡No puedo!...

LUCIANO. (Procurando levantar á su madre.) ¡Oh!... ¡Don Rafael, ayúdeme usted!... (Entre Luciano y don Rafael, levantan á Dolores.) ¡Vamos, madre!... ¡Vamos!... (Luciano y don Rafael conducen á Dolores, que va apoyada en sus hombros, á la puerta de la derecha, y salen por ella.)

ESCENA X

ÁNGELA y JULIA; dentro LUCIANO y DON RAFAEL

ANGELA. (A Julia.) ¿Qué ha hecho usted? ¡Cuando ella imploraba por usted, viene usted á herirla!... Odiarme á mí, bueno; pero á ella, ¿qué daño le ha hecho á usted la pobre mujer que muere ahí dentro?

JULIA. ¡Que se muere!...

LUCIANO. (Dentro. Con desesperación.) ¡Madre!...

RAFAEL. (Dentro.) ¡Luciano!... (Aparece Luciano, pálido y demudado, en la puerta de la derecha, seguido de don Rafael.)

ESCENA XI

ÁNGELA, JULIA, LUCIANO y DON RAFAEL

LUCIANO. (A Julia.) ¡Acabas de matar á mi madre! ¡Sal inmediatamente de aquí! (Ángela ha quedado á la izquierda, con la frente hundida entre las manos.) ¡Sal, porque el dolor sube á mi cerebro en oleadas de ira y abrasa mi frente y sacude mis nervios! ¡Sal, porque cuando el dolor se convierte en furia, mata! ¡Sal! (Dirigiéndose á Julia. Julia baja la cabeza y sale por el fondo.)

ESCENA XII

ÁNGELA, LUCIANO y DON RAFAEL

RAFAEL. (Dirigiéndose á Luciano.) ¡Luciano, hijo, valor!

LUCIANO. ¡Madre, madre de mi alma!

ANGELA. ¡Desdichado! (Aparte.)

LUCIANO. (Con desesperación.) ¡Solo! ¡Solo!

RAFAEL. ¡Luciano! (Con cariño.)

LUCIANO. ¡Solo, para luchar!... ¡Solo, para vencer! ¡Solo, para sufrir!

ANGELA. (Con grandeza.) ¡Para sufrir, no!... (Dirigiéndose hacia Luciano.) ¡Ven, Luciano; vamos á rezar juntos por tu madre!

FIN DEL DRAMA

OBRAS DE JOAQUÍN DICENTA

El suicidio de Werther, drama en cuatro actos y en verso.
La mejor ley, drama en tres actos y en verso.
Los irresponsables, drama en tres actos y en verso.
Honra y vida, leyenda dramática en un acto y en verso.
Luciano, drama en tres actos y en prosa.
El duque de Gandía, drama lírico en tres actos y un epílogo.
Spoliarium, novelas cortas.
Tinta negra, artículos y cuentos.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.